

## CAPITULO XV

### Una escena en la Rapée

—No volveré, no, á casa de la señora de Luceval, porque no puedo acostumbrarme á llamarla señora de Jenneville; pero para afirmarme en mi resolucion, necesito distraerme, aturdirme. Estoy como esos cobardes que necesitan embriagarse para batirse.

Entro en mi casa, y á poco ya voy á salir de ella, cuando llega Jolivet diciendo:

—Pablo, ¿me dejé aquí un paraguas la última vez que vine?... ¡Ah! Buenos dias... ¿estás bueno?

—Me alegro verte, Jolivet, ¿qué haces hoy?...

—Ya lo ves, correr detrás de ese maldito paraguas.

—Déjame en paz con tu paraguas... quédate conmigo, comeremos juntos, iremos al teatro; estoy decidido á divertirme...

—Corriente; me quedo contigo.

En aquel momento llaman con violencia á la puerta.

Es Dubois; no puede llegar más á tiempo.

—¡Uí! dice, vengo de Auteuil...

—¿Te has quedado á dormir allí?

—No, por cierto.

—¿Pero qué tienes en la cara?

—Caricias de la virtud.

—Vamos, vente á comer con nosotros y déjate de aventuras.

Subimos los tres en un carruaje, y Dubois dice al cochero:

—Te ocupamos por todo el día... Llévanos al campo.

—¿A qué campo, señorito?...

—Al que quieras... Lo mismo nos da...

El coche echa á andar; Dubois y Jolivet hacen cuanto pueden por distraerme; yo tambien me esfuerzo y rio; pero mi risa es forzada, tengo en el fondo del corazon un peso que me oprime.

—Señoritos, ya estamos en la Rapée y en el Arbol Grande, donde se guisan famosas *mari-neras*.

—Está bien, dice Dubois; vamos á bajarnos á pasear; y tú te esperas ahí para llevarnos esta tarde á Paris.

Y cogiéndome del brazo, añade:

—Nos pasaremos por la orilla del rio en busca de sirenas.

Al volver á la Rapée vemos á lo lejos tres mujeres, de las cuales una lleva sombrero y las otras dos papalinas.

—Voy á reconocer el campo, dice Dubois.

Y se separa de nosotros á paso largo.

No tarda en alcanzar á las tres personas indicadas, y le vemos con sorpresa saludarlas y hablarlas.

—Este Dubois conoce á todas las mujeres; hasta en la Rapée tiene conocimientos...

Dubois se acerca á nosotros, y nos dice:

—Entremos aquí.

Una especie de figon donde acaban de entrar las tres mujeres.

—Pero, dice Jolivet, aquí no estaremos bien; vámonos al Arbol Grande.

Dubois se acerca á él y le habla.

Entonces Jolivet dice:

—Bien, sí, creo que es mejor que nos quedemos aquí.

—Bueno, digo yo, y entramos.

—Ya ha mordido el anzuelo el avaro, me dice Dubois.

—¿Pues, cómo?

—Le he dicho que la mujer del sombrero es viuda de un almacenista y que tiene 50.000 libras de renta... ¿Pero no sabes quién es?

—No...

—Es Carlota en persona, que viene todas las noches á pasearse fuera de puertas con dos amigas

suyas, y aquí hacen provision de vino, que se llevan atada debajo de las enaguas para toda la semana, y de este modo no pagan derechos. Al verlas ahora, se me ocurrió la idea de divertirme á costa de Jolivet... Carlota no le conoce... Y le he dicho que venia con nosotros un bobalicon que tenia 60 francos de renta diaria... Y como estos pájaros son muy buscados por las grisetas, está ya deseosa de conocerle... Ha entrado aquí con sus amigas á hacer su provision... Con que ahora silencio, y no digas una palabra...

Entramos en el bodegon, donde hay un olor á cebolla que hace llorar. Jolivet, desde la cocina, no separa la vista del cuarto donde ha visto entrar á los tres jóvenes.

Entramos en el jardin, y por indicacion de Jolivet tomamos uno de aquellos cuartos que caen al jardin, en que no se ven más que las cuatro paredes, una mesa sin manteles y dos bancos de madera, y cuyas ventanas caen á la letrina.

—Estos cuartos son campestres, dice Dubois.

—En la guerra como en la guerra, añade Jolivet; mira, chico, esas señoras abren su cuarto...

En efecto, Carlota acaba de presentarse en el umbral de la puerta, y Jolivet la hace un profundo saludo, al que ella responde con sonrisa incitante. En aquel momento entran dos criadas con un enorme jarro de vino, y Dubois me mira pellizcándose los labios.

—¿Qué diablos van á hacer esas señoras con

esa enorme cantidad de vino? exclama Jolivet al ver salir las criadas con las manos vacías.

—Eso es para los callos, dice Dubois.

—¿Para los callos?

—Sí... hombre, sí... ¿no conoces el remedio de bañar los piés con vino seco?

—No, lo ignoraba.

Entre tanto traen nuestra comida, y como la marinera abrasa, la boca reclama vino.

—Es singular, dice Jolivet; no he visto llevar nada á esas señoras más que el jarro de vino.

—Pues yo he visto llevar una carpa enorme y un ave soberbia...

—¿Cuándo?

—Hace poco; pero el tiempo se echa á perder.

Efectivamente, á la mitad de la comida empieza á llover con violencia.

Carlota aparece en la puerta de su cuarto, y dice:

—Ya llueve; eso sí que es *cargante*.

—Es imposible que vuelvan ustedes á pié, dice Jolivet con aire galante.

—Ya lo creo, si pudiéramos; pero el tiempo está *agarrado* y no tiene trazas de dejarlo.

Jolivet se acerca á nosotros.

—Chicos, tenemos un carruaje... no debemos consentir que esas señoras vayan á pié con el tiempo que hace.

—¿Estás loco? dice Dubois.

—¿Crees que cabemos en el coché los seis? ya ves que no son delgadas.

—Es verdad, no me habian parecido antes tan gruesas.

Efectivamente, las dos amigas de Carlota tienen tambien unas caderas enormes, y todas tres estaban de pié en la puerta de su cuarto, mirando alternativamente á las nubes y á Jolivet.

Este, entusiasmado por que le mira una viuda que él cree rica, se vuelve á nosotros, diciéndonos con tono resuelto:

—Quiero pedir os un favor... cededme el carruaje que tenemos ahí... porque deseo acompañar á esas señoras; la viuda no me quita ojo, y creo que no recibirá mal mis homenajes.

—Pero mira que no hemos acabado de comer, y que si te llevas el coche, tendrás que pagarlo desde la hora que lo tomamos.

—No importa, estoy enamorado y no calculo nada... ¿Qué dices tú, Pablo?

—Por mí, puedes llevártelo.

—Ahora os dejo, amigos míos... ya sabéis lo que son estas cosas.

Jolivet se separa de nosotros contentísimo, y acercándose á Carlota, la dice:

—Tengo un carruaje á mi disposicion, si quieren ustedes que las acompañe en él?... —

Todas aceptan sin cumplimientos, y no quiere ninguna de ellas aceptar el brazo de Jolivet, por temor de que conozca lo que llevan debajo de las faldas.

El carruaje nos esperaba junto al Arbol Gran-

de, pero como aquellas señoras van tan despacio, Jolivet calcula que van á llegar caladas y va á avisar al cochero que venga.

Entre tanto nosotros acabamos de comer, pago, y salimos minutos despues que ellos.

Por fin llega Jolivet con el coche, suben con gran trabajo el estribo, y sus caderas hacen un balanceo continuo, que Jolivet achaca á falta de seguridad en los piés. Jolivet entra tambien y se coloca al lado de Carlota, que se separa vivamente, diciendo:

—Tenga usted cuidado, caballero, y no se acerque tanto á mí... Necesito mucho aire yendo en coche...

Jolivet se sepulta con respeto en un rincon, y el cochero pregunta adónde van.

—Arrabal de San Antonio... En la choricería... Una entrada colorada.

Mucho le choca á Jolivet que una señora rica viva allí; pero se calla, y el coche echa á andar.

Al llegar á las puertas, mientras que Jolivet oja los discursos algo libres de Carlota y sus primas, el cochero se detiene y el guarda de consumos abre la portezuela, diciendo:

—¿Llevan ustedes algo que pague derechos?

—Nada absolutamente, responde Jolivet.

Pero el guarda reconoce á las jóvenes, á quienes ha visto pasar muchas veces muy delgaditas y volver luego muy gruesas, y dirigiéndose con tono malicioso á Carlota y sus amigas, les dice:

—¿Y ustedes, señoras, llevan algo que pague derechos?

—Ni siquiera una hilacha, responde Carlota. ¿Tenemos nosotras trazas de contrabandistas?—

—Suplico á estas señoras, dice el guarda sin contestar, que tengan la bondad de entrar en la caxilla para reconocerlas.

—¡Qué horror! exclama Carlota; ¡sepa usted, señor lechuza, que ni á mí ni á mis amigas nadie nos ha reconocido! ¡Qué indecencia! ¿Y usted, caballero, permitirá que vengan á tocar á unas señoras que van con usted?—

—Le aseguro á usted, señor guarda, que está usted equivocado... Registre usted los cajones... Pero en cuanto á estas señoras, respondo de su inocencia...—

—Pues si son inocentes, que se dejen tocar las caderas... Vamos, bajen ustedes.

—No, no bajaremos.

—Pues en ese caso, las sondearemos en el carruaje...—

El guarda y sus compañeros se presentan armados de sus respectivas tientas; Carlota y sus compañeras empiezan á gritar, Jolivet quiere apartar aquellos instrumentos, y en medio de su espanto, olvidando toda prudencia y apiñándose unas contra otras, revientan las vejigas llenas de vino que llevan debajo de la falda. Las caderas desaparecen, y el carruaje queda inundado de vino. Los guardas rien, el cochero jura, y Jolivet,



que ha recibido parte del líquido sobre la levita y el pantalon, se queda estupefacto mirando á Carlota, y exclama:

—¡Cómo!... ¿Una mujer que tiene de renta 40.000 libras, se divierte en pasar vino de contrabando?

Al oír aquellas palabras las muchachas se echan á reír, saltando rápidamente del coche, y entran en Paris, dejando á Jolivet disputar con el guarda y con el cochero.

Entonces comprende Jolivet que todo ha sido una burla de Dubois, y exclama:

—Yo no soy cómplice de esas mujeres...

—¿Pues no respondía usted hace poco de su inocencia? Pues no tendrá usted más remedio que pagar la multa...

—¿Y mi carruaje, todo manchado de vino? añade el cochero.

Jolivet está aterrado y quiere defenderse; pero le meten á la fuerza en la oficina. En aquel momento pasamos Dubois y yo por la puerta, nos ve, nos llama, amenazando á Dubois; pero nosotros fingimos no verle, y seguimos nuestro camino.

No he podido ménos de reirme al ver á Jolivet mojado de vino y la figura que hacia. Entro en mi casa, y la criada me entrega una carta. ¿Será de ella? No, es de Herminia. ¡Cielos! ahora me acuerdo. Ayer en Auteuil me dió una cita para esta mañana. Veamos lo que me escribe.

«Caballero, su conducta de usted es infame, porque es infame burlarse de una mujer; si valiese

usted la pena, me vengaría de su falta de atención; pero en adelante le prohibo volver á mi casa.»

Está furiosa, lo comprendo; pero no necesito de su prohibición para no volver á su casa, pues solo fuí por complacer á Agustina.

Desgarro el billete de Herminia... Agustina no me escribirá; ¿qué le importa que vaya ó no á su casa?

Vaya una cosa singular. La señora de Remondo, adorada por Jenneville, me ama, y la que yo amo no piensa más que en Jenneville, que la ha abandonado!...

---

---

## CAPÍTULO XVI

### Lo que se habia previsto

Por espacio de quince dias he tenido valor para sostener mi resolucion: he frecuentado el teatro, las reuniones, los conciertos... me he aturdido, pero no me he curado.

Dubois me ha acompañado, porque en medio de todo tiene buen corazon y comprende que tengo una pena secreta. En cuanto á Jolivet, no le hemos vuelto á ver desde la escena de la Rapée.

Una mañana en que solo en mi casa pensaba en Agustina, oigo llamar con violencia y poco despues se presenta en mi habitacion Jenneville, con las facciones trastornadas, los cabellos en desórden, y dejándose caer en una silla, exclama:

—¿Sabe usted, Deligny, lo que nos sucede? Ese miserable Blaguart... ese infame, á quien habíamos

confiado nuestro dinero... ha hecho bancarota...

—No me sorprende, porque siempre tuve un secreto presentimiento.

—¿Entonces, por qué le confió usted sus fondos?

—Porque deseaba enriquecerme en poco tiempo, y como ví que usted tenía tanta confianza en él...

—¿Y quién no la hubiera tenido? Sus modales elegantes, el tren fastuoso de su casa, el afan de obsequiar á sus amigos.

—Eso mismo debia haberle hecho sospechar á usted, pues el hombre que quiere cumplir con sus compromisos pone más orden en sus gastos.

—Lo que más me desespera, es que en estos dias acaba Herminia de perder un pleito, y esto la va á poner en un grave compromiso... ella no quiere decírmelo, pues es mujer muy delicada, pero yo lo he sabido... como tambien que un rico aleman ha puesto su fortuna á sus piés... y ha rehusado por mí... Ya ve usted, Deligny, que una mujer que da tales pruebas de amor es digna de que se haga por ella cualquier sacrificio... Ahora necesita cien mil francos para pagar las costas de ese pleito, y no dejaré á Herminia en ese apuro, pues tengo terrenos que valen esa suma.

—¿Los venderá usted por la señora de Remondo?

—Tengo en la punta de la lengua hacerle una confidencia; pero me callo, no me creeria; sin embargo, deseo separarle de esa mujer, y le digo: «¿No piensa usted nunca en que es casado?»

Jenneville me mira con sorpresa y responde:

—Nunca... ¿por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque me parece imposible que no piense usted alguna vez en aquella con quien se unió usted para toda la vida.

—Y á mí qué me importa; que haga ella lo que quiera y yo obraré del mismo modo.

—Pero, querido Jenneville, llega una época en que se cansa de amar uno á todas las mujeres, y es más dulce amar á una sola, á su legítima esposa.

—Si viera usted qué exigentes, qué imperiosas, se vuelven las mujeres cuando nos ven ligados á ellas para siempre.

—¿Y usted no tiene que reprocharse falta alguna para con su esposa?

—¡Diantre! falta para con mi mujer... pero mi querido Deligny, ¡con qué ardor defiende usted sus intereses! Se ha enamorado usted de ella cuando se la enseñé en Auteuil.

Jenneville me dice esto riendo, y yo me ruborizo sin querer; él no lo nota y continúa:

—¿Ha visto usted despues á Agustina?

—Sí, la he encontrado en una reunion, y ¡cuán distinta es de como usted la ha pintado!

—¡Ay! amigo, donde hay que ver á las mujeres es en el seno de la familia; pero no hablemos más de mi mujer... ¡Miserable Blaguart...! Vamos, necesito vender mis tierras.

Jenneville se levanta y va alejarse; yo lo detengo y quiero hacer el postrer esfuerzo.

—Reflexione usted, Jenneville, antes de llegar á ese extremo.

—Necesito dinero, y voy á vender mis tierras, único recurso que me queda.

—Es que no tendria usted necesidad de despojarse de su fortuna, si volviendo á vivir con su esposa...

—Dale con mi mujer; ¿no comprende usted que me martiriza hablándome de ella?

—No, lo que quiero es que usted la conozca mejor, pues si en los primeros meses de casada fué celosa y exigente, ahora, que conoce ya más el mundo, será más indulgente para las debilidades de usted, la amiga más tierna y cariñosa que pueda usted encontrar... Créame usted... vuelva á su lado... y no tardará en darme gracias por mi consejo...

Jenneville me mira con la mayor calma y por toda respuesta me dice:

—Voy á vender mis tierras, amigo mio...

He hecho cuanto he podido; él rehusa esa dicha que yo daría mi vida por conseguir.

Ahora veamos el estado de mi fortuna: tan sólo me quedan ya mil ochocientos francos de renta despues de la pérdida de mis treinta mil francos. Si mi padre supiera cómo he despachado mi caudal. Pero no tengo ambicion, ni vanos deseos; esta modesta renta me bastará... tengo que vivir con mucho orden y economía.

Me pongo, pues, á hacer mi nuevo presupuesto, cuando aparece Dubois, que viene á recordar-

me que debemos ir hoy á comer á casa de Vefour; pero le digo suspirando:

—Querido Dubois, no cuentes conmigo para nada... estoy arruinado...

—¿Te chanceas?

—No por cierto; ese bribon de Blaguard se ha escapado con mis treinta mil francos.

—Díme dónde se ha ido, y corro allí y le atravieso de una estocada.

—Gracias... pero aunque se mate mil veces á esos canallas, no devuelven por eso el dinero... No tengo más remedio que resignarme, y como me quedan aún mil ochocientos francos, puedo vivir con ellos; pero comprenderás que me es imposible comer á diez francos el cubierto.

—Mil ochocientos francos de renta y una buena figura; pronto te casarías si quisieras; yo te buscaré una viuda rica...

—No, gracias... pensaré en ella, pues no puedo olvidarla.

—¡Cómo! ¿amor platónico?...

—Sí, es lo mejor cuando no hay fondos.

—Pero hoy vendrás á comer conmigo... he hecho un magnífico negocio de azúcar moreno, que me ha dejado una buena comision, y quiero comérmela contigo, pues es justo que yo te convide, cuando tantas veces me has convidado tú á mí.

Y cogiéndome del brazo, me lleva Dubois riendo al Palais Royal, pide los vinos más caros y gasta cincuenta francos en la comida.

---

---

## CAPÍTULO XVII

### Monólogo

— Cuando se cuenta con mil ochocientos francos de renta, no puede uno vivir en una casa de seiscientos, ni tener criada; y por consiguiente, renunció á la casa y la criada y me voy á instalar en un modesto piso de la calle de Charlot, y como está cerca de su casa, pasaré por delante de ella todos los días. Si no estuviera siempre preocupado con mi amor, no soportaría tan filosóficamente la fuga de Blaguart.

Dubois no me deja un momento, me lleva á las mejores fondas y me obsequia como á un príncipe; en cambio á Jolivet, que encontré un día y á quien conté mi desgracia, me contó al punto varias de la misma índole que él había sufrido; sin duda temía que le pidiera dinero.

Hace diez días que ocupo mi nuevo domicilio,



y nada sé de la señora de Luceval; es extraño tan completo olvido.

• Cómo en una fonda bastante bien por dos francos, y me voy luego á dar una vuelta por el Jardin donde la vi por vez primera, y al volver á mi casa me entregan una carta.

Será de Niní, á quien no he vuelto á ver desde que estuve en Auteuil... ó tal vez de mi padre...

Tomo la carta y miro la letra; no la conozco, pero es letra de mujer.

La abro... mis ojos se dirigen á ver la firma. ¿Es posible? Es de ella... de Agustina... ¡ah ¡veamos qué dice:

«Acabo de saber la desgracia de que ha sido usted víctima y la fuga de ese hombre que ha engañado á usted y á Jenneville; yo hubiera respetado la resolucion que usted habia tomado de no verme, pero los amigos son para la desgracia, y desearia que usted mismo me tranquilizase sobre su situacion. ¿Me hará usted este nuevo favor?

*Agustina.*»

Besé con trasporte aquella carta, sin pensar que estaba el portero á mi lado, y á pesar de ser ya las diez de la noche, corro á casa de Agustina, llego á su puerta, me abre la criada y exclama:

—¡Cuanto tiempo sin venir!

¡Pobre muchacha! ella tambien lo ha observado, y corre á anunciarme á su señora.

El salon es grande; un quinqué, colocado sobre la chimenea, alumbrá débilmente la habitacion.

Agustina, sentada frente á la ventana, tiene la cabeza apoyada en la mano. No se ha movido cuando he entrado; sin duda se cree sola todavía.

¿En qué pensará en aquel momento?]; Si se pudiera leer en el alma de los que se aman!

Pero lleva el pañuelo á sus ojos, llora. ¡Ah! piensa en su marido! A mi pesar hago un movimiento que la hace volver la cabeza, y exclama:

—¡Dios mio! ¿quién esta ahí?

—Soy yo, señora...

—¿Usted, señor Deligny?

—Sí, señora, la criada me anunció; pero usted no la ha oído.

Me alarga la mano, que estrecho tiernamente y luego me siento á su lado junto á la ventana.

—Hace mucho tiempo que no he visto á usted, y me habia acostumbrado de tal manera á sus visitas que las noches me parecian eternas.

—Se acostumbra uno á todo.

—Y como además me agradaba mucho...

—Tantas gracias, señora...

—Veo que me trata usted con mucha ceremonia; antes reinaba entre nosotros cierta franqueza... pero hábleme usted de ese bribon de quien ha sido usted víctima.

—¿Qué quiere usted que la diga? Me dejé engañar, aunque debí sospechar por las apariencias que fuese un caballero de industria... Yo queria reparar las locuras que habia hecho... queria enriquecerme pronto...

—¿Y cuánto le había usted confiado?

—Treinta mil francos...

—¿Y no espera usted encontrarle?

—Esos quebrados fraudulentos arreglan tan bien sus asuntos, que sus acreedores les salen siempre debiendo.

—¿Y no le apura á usted esa pérdida?... Dispéñseme usted la pregunta... una amiga tiene derecho á hacerla.

—Gracias al cielo... no estoy completamente arruinado... tengo con qué vivir... y ahora que no tengo ambicion... con mil ochocientos francos de renta tengo lo que necesito... Pero, de todos modos, agradezco el interés que usted me manifiesta... y hasta debo felicitarle de la pérdida que he tenido, pues sin ese acontecimiento, de seguro que no me hubiera usted dado noticias suyas.

—Usted no quería ya volverme á ver...

—Verdad es que lo dije, pero fué en un momento de despecho. Conozco que he hecho mal... No me privaré jamás de ese placer... si es que usted me lo permite.

—¿Y qué motivo había de tener para impedirlo?

Agustina me ha respondido de un modo singular; hay cierta reticencia en su voz, en sus modales... me parece que no tiene conmigo la franqueza de antes; guardamos silencio un rato, y luego la pregunto yo:

—¿Cómo ha sabido usted que he sido víctima de ese Blaguard?

—Lo supe por Julieta, que tiene un amigo víctima también de ese caballero de industria... y ella me dijo que la pérdida que usted había sufrido era menor que la de Jenneville.

—Sí, señora... su marido de usted pierde ochenta mil francos.

—Si al menos con eso se hiciera razonable...

—No lo creo; pues esa señora de Remondo, con la máscara del desinterés, va á arruinarle... y por más que yo le he aconsejado... no me ha hecho caso.

—Lo que usted me dice no me sorprende... he juzgado á esa mujer... y estoy segura que acabará por arruinar á Jenneville.

—¿Y lo dice usted con esa tranquilidad!

—Cuando no hay más remedio, tiene uno que resignarse.

—Y si esa mujer le amara... concibo que se hagan locuras por una mujer que nos brinda con su amor, pero...

—¿Cree usted que ella no le ama?

—Estoy seguro de ello...

—¿Se lo ha dicho á usted ella?

—No, pero he visto que sería muy fácil hacerla infiel á Jenneville... Esas coquetas están siempre ávidas de conquistas... y á veces se me ha ocurrido para curar á Jenneville quitarle la querida...

—No por eso abriría los ojos... sino que cuando le vea ella arruinado, le dejará... Pero dejemos

esa conversacion, ¿es verdad que se ha mudado usted?

—Sí, señora; ahora vivo en la calle Charlot... somos vecinos.

—Ha hecho usted bien en venirse al Marais; aquí se vive con más economía.

—Y venia con la esperanza de encontrarla á usted por alguna parte, en la calle... en los paseos próximos...

—No, apenas he salido de casa; ¿y usted, se ha divertido mucho?

—¿Divertido? no... he estado siempre acompañado de Dubois, que es un corazon de oro, á pesar de sus defectos.

—Sí, creo que es algo loco, que corre detrás de todas las mujeres...

—Sí... dice que es preciso amarlas á todas, para no amar demasiado á una sola... ¡y quizás tenga razon!...

—¡Ah! ¿así piensa usted ahora?

—Ojalá pensara de ese modo.

Agustina se levanta y se pone á la ventana, y durante algunos minutos miramos á la luna; pero yo pienso en el cambio que observo en los modales de Agustina, á quien no encuentro tan franca conmigo como antes. ¿Qué tiene? ¿qué pasa en su corazon? Por una extravagancia singular, cuanto más me parece dispuesta á la melancolía, más siento disiparse la mia, y una satisfacion de que no puedo darme cuenta se apodera de mi alma.

De pronto suelto una carcajada.

Agustina me dice:

—¿De qué se rie usted?

—Pensaba que hace un cuarto de hora que estamos mirando á la luna sin decir una palabra.

—¡Dios mio!... ¡qué alegre está usted ahora!

—Es el placer de estar á su lado de usted.

—Pues antes ese mismo placer no le ponía á usted tan alegre.

Pero cuando iba á contestar observo á un hombre que está parado delante de la casa y me mira con atencion.

Agustina ha hecho la misma observacion, y me dice:

—Alguien hay en la calle que nos acecha... será alguna querida de usted que se impacienta de que esté usted tanto tiempo en mi casa.

—En primer lugar, no es mujer, que es hombre, pero... tal vez será alguno que tenga alguna cita por aquí.

—Y á propósito de cita, ¿qué ha hecho usted de Niní?

—No la he vuelto á ver desde el baile de Auteuil... y eso que me ha escrito muchas cartas... porque me vió hablar con su Adolfo... ¡Pobre muchacha! temia que la armara un escándalo por verla allí, y él ni siquiera pensaba en ella.

—¿Tiene ahora algun otro amante?

—Lo ignoro... pero no lo creo: Niní es buena y trabajadora, y á no ser por los consejos de

una amiga suya, sería una muchacha juiciosa...

—Sí... juiciosa... como todas esas muchachas...

Antes Agustina era más indulgente; quisiera leer en sus miradas, y un rayo de luna que viene á iluminar su rostro me permite contemplarla; pero al ver ella que mis ojos están fijos en los suyos, se retira de la ventana y se sienta á la sombra. En esto el reloj da las doce.

—¡Las doce ya! exclama Agustina; ¡qué corto se me ha hecho el tiempo!... váyase usted... ¿qué dirán en la casa?... me alegro que viva usted cerca... porque ese hombre me da recelo.

—Adios, señora; ¿me permitirá usted volver pronto?

—Cuando usted quiera... Pase la calle corriendo... le seguire á usted con la vista.

Y efectivamente, la veo asomada á la ventana; ¡qué amable interés! ¡nunca la he visto tan tierna y afectuosa! No puedo explicar los pensamientos que cruzan por mi imaginacion; pero nunca he sido tan dichoso.

---

---

## CAPITULO XVIII

### **Mi padre en Paris—Singular posicion la mia**

Al dia siguiente volví á casa de Agustina. ¡Me recibe tan bien!... Sin embargo, noto que está triste, pensativa, y cuando mis ojos se fijan en los suyos, baja al punto la vista.

Fiel al plan que me he trazado, no la he dicho una palabra de amor, y parece que algunas veces es ella la que quiere hacer recaer la conversacion sobre ese asunto; pero yo la hablo al punto de cosas indiferentes, y entonces en su rostro se refleja el despecho. El corazon de las mujeres es tan raro, que á pesar de no querer amarme le causa despecho mi indiferencia.

Tambien observo que ya no me habla de su marido, y hasta que corta la conversacion cuando empiezo á hablar de él.

Su amiga, la señora Dermont, se ha ido al cam-



po á una posesion, y Agustina la ha prometido ir á verla; yo tiemblo que realice su proyecto.

A Julieta la veo con frecuencia; es muy amable, alegre y risueña; observo que no la inquieta la melancolía de Agustina; al contrario, se echa á reir cuando la ve triste, y cuando ésta se incomoda su amiga rie más...

Una mañana que Agustina está más pensativa que de costumbre, entra Julieta y la dice que ha recibido noticias de la señora de Dermont, que la dice espera con impaciencia á Agustina.

—¿Qué quieres que la conteste? pregunta sonriendo Julieta.

—Lo que quieras.

—¿Tienes mucha prisa por que me vaya de Paris?

—No... pero me extraña que ni siquiera vayas á tus posesiones

—Ya iré más adelante,

—¿Cuando los árboles esten más frondosos.?

—¡Qué burlona eres, Julieta!

Y al decir esto se echa á llorar. Lloro por una broma de una amiga, no lo comprendo: Julieta corre á abrazarla; pero Agustina se levanta avergonzada de las lágrimas que acaba de derramar, y sale vivamente del salon.

—¿Comprende usted su dolor? la digo.

—Sí, creo comprenderle, y me alegra verla así; porque lo confieso, me hacia mal que estuviera siempre pensando en un hombre que tan mal se habia portado con ella.

—Tiene usted razon... ¿Y cree usted que la señora Luceval... piensa ménos en su marido?

—Sin duda ninguna... pero voy á hacer las paces con ella... adios, señor Deligny, venga usted á verla esta noche, y yo le respondo de que no llorará...

Y al decir esto, Julieta me sonrie con malicia y se va á buscar á su amiga.

Yo salgo de casa de la señora de Luceval reflexionando en lo que acabo de oir, y no me atrevo aún á abandonarme á la esperanza de ser correspondido; pero dichoso con lo que he visto, voy á entrar en mi casa, y el portero me detiene presentándome una carta.

Conozco la letra de mi padre, y subo á mi cuarto para leerla; abro la carta tranquilamente, pero á las primeras líneas pierdo aquella tranquilidad. Mi padre viene á París. ¡Gran Dios! Leamos.

«Querido hijo: ya que no tienes tiempo de venir á verme, ocupado con tus brillantes asuntos voy yo á ir á pasar unos dias contigo; pero como hace muchos años que no voy á París, deseo que me salgas á recibir al parador de la diligencia, que llegará á las cinco de la tarde al dia siguiente de la llegada de esta carta.»

¡Al dia siguiente! es decir, que habiendo llegado hoy la carta, mañana debe llegar él. ¡Pobre padre! cuando conozca el resultado de las especulaciones que he hecho y le lleve á un tercer piso en el Marais!

Me paseo agitado por mis habitaciones... arreglo los muebles con cuidado; pero por más que hago, la pobreza de mi habitación resalta á los ojos.

Esto es para desesperarse. Mi padre es bueno, y no quisiera causarle pesar alguno; pero cuando se entere de mi situación me querrá alejar de Paris, llevarme á su lado para aprender á economizar. No, no puedo salir de Paris, necesito verla, estar á su lado; pero mi padre no entenderá de esas cosas, me hablará de matrimonio, porque ya me lo ha insinuado, y si le confieso que estoy enamorado de una mujer rica, me dirá que me case con ella.

¡Casarme! es un imposible... No hay remedio, tengo que engañar á mi padre sobre mi situación.

Miro el reloj; no es más que la una, hasta las cinco no llega mi padre; tengo más de tres horas y en ese tiempo pueden hacerse en Paris milagros. Salgo y me dirijo á casa de Dubois, pues sólo él puede sacarme de apuros.

Llego á la casa, pregunto en la portería y me responden:

—Está en casa... segundo piso interior...

Subo rápidamente y llamo en casa de Dubois. Nadie me responde... quizás no esté solo, y por eso no quiera abrir. Llamo de nuevo y oigo la voz de Dubois, que dice:

—¡Qué prisa!... ¿Quién es?

—Yo... Pablo... abre.

—¡Oh! ¿eres tú, carísimo amigo?

Y al decir esto abre la puerta y aparece delante de mí en camisa.

—¡Cómo... perezoso!.. ¿estás aún acostado?

—Sí, querido amigo...

—¡Acostado á la una de la tarde! ¿Has estado de baile?

—No, he pasado la noche en la cama.

Y diciendo esto, vuelve á acostarse.

—¿Pero, hombre, en qué piensas? ¿estás enfermo?

—Nunca he tenido mejor salud; pero es preciso, amigo mio, es preciso; no deseo otra cosa más que levantarme, Pablito, ¿pero cómo quieres que me vista, si no tengo pantalones?

—¿Que no tienes pantalones?

—No...

—¿Ninguno?

—Ni uno siquiera.

—Si no los tienes de verano, pónelos de invierno.

—Eso no puede ser, porque en verano no conservo la ropa de invierno por temor á la polilla.

—Pero ¿volviste ayer á tu casa sin pantalones?

—No por cierto, tenía unos muy bonitos de rayitas y tres más en esa cómoda.

—¿Te han robado esta noche?

—¡Quiá! Ha sido un lance original: me vine anoche con una costurera amiga mia, y no sé

cómo se me escapó el decirle que hoy por la mañana tenía cita con una encajera... Esta mañana se fué mientras yo dormía, y para impedirme que fuera, la cruel se ha llevado todos mis pantalones... Cuando he querido vestirme he visto que estaba preso en mi casa, porque con este traje medio salvaje no hay medio de salir; pero volverá esta noche.

—Vaya una broma pesada... ¿por qué no enviaste á la portera á comprar otros?

—Amigo mio, porque no tengo dinero.

—¿Y no me lo pides?

—¡Si no tienes bastante para tí!

—El caso es que yo te necesito indispensablemente, porque mi padre llega hoy á Paris, á las cinco, y como viene con grandes ilusiones con respecto á mí, quisiera poderle engañar tocante á mi posición... Si conocieses alguien que pudiera prestarnos una casa bien puesta... criados... haría cualquier sacrificio.

—Espera... espera que recuerde... El ama de la casa me pone los ojos tiernos... no me tentaba porque tiene nueve lustros cumplidos... pero me sacrifico por un amigo... y si tiene una casa disponible estamos salvados.

Y al decir esto salta de la cama diciendo:

—Prestáme tu pantalon.

—¿Para qué?

—¡Pardiez! para poder salir... si estuviéramos en invierno me atrevería á salir embozado en la capa... pero en verano...

—No, prefiero ir á comprarte unos.

—Y entre tanto pasará el tiempo, tu padre llegará y no sabremos dónde llevarle... No tengas cuidado, dentro de media hora estoy de vuelta, vuelvo á casa de la persona que puede servirnos... luego paso por casa de mi costurera, recobro mis pantalones, y estoy aquí en dos saltos...

Tan seguro parece del éxito, que me dejo persuadir, y quitándome los pantalones mientras que él se los pone, le pregunto qué va hacer. Entonces me dice que conoce á una señora que tiene una casa magnífica en el callejon de las Viudas, y aunque no es casa de huéspedes, tiene bonitas habitaciones amuebladas, que alquila á ingleses, y nos cederá una por algunos dias, ayudándonos á engañar á mi padre.

La idea me parece buena, pero lo que no me gusta es que esté situada en el callejon de las Viudas; pero el tiempo apremia y es preciso obrar, y Dubois se aleja gritándome que le espere como si pudiera yo hacer otra cosa.

Me encuentro, pues, en casa de Dubois paseándome con todo mi traje, excepto el pantalon. No puedo ménos de reirme de mi situacion y de la figura que yo haria si entrara alguien.

Me dejo caer en un sillón viejo, y pienso en Agustina, en lo que me ha dicho Julieta, y mi corazón se abre de nuevo á la esperanza, y no noto el tiempo que pasa.

Sin embargo, me parece que hace mucho

tiempo que se fué Dubois, y no puedo ménos de apurarme al considerar qué haria yo si no viniese antes de las cinco... No sé la hora que es, pero me impaciente, porque debe ya ser tarde.

Para hacer más llevadera mi posicion quisiera leer algun libro, pero no veo nada que me agrade... mis nervios se alteran... ¡Maldito Dubois! pero me parece que hace un siglo que salió. Necesito saber la hora que es, ¡ah! sin salir puedo preguntarlo.

Corro á la ventana, saco el cuerpo fuera para mirar en casa de una vecina que está cosiendo, y la digo:

—¿Señora me podrá usted decir qué hora es?

La vieja se quita los anteojos, me mira y me responde:

—Mi reloj está parado hace mucho tiempo; pregunte usted á otra vecina.

Le doy las gracias y me separo de la ventana. Estoy desesperado, ¡lo ménos hace tres horas que se ha ido ese maldito Dubois, y mi padre que va á llegar!... necesito saber la hora que es... ¿no tendrá por aquí una bata?... busquemos.

Registro por todas partes, sin encontrar nada, hasta que en un cuartito oscuro veo colgada una cosa en una percha... la cojo con avidez, y veo que es un leviton de paño, que en otro tiempo fué color de avellana, completamente raído y pasado, y con un cuello tan estrecho que parece cortado; pero no me importa, esto me encubrirá mejor que

el frac, me quito este y me pongo el leviton, viendo con placer que me llega á los tobillos. No está abierto por detrás, lo que es una ventaja para mi situacion; pero como por delante solo tiene algunos botones, acabo de cerrarle con alfileres.

Pero ¿cómo encontrar alfileres en casa de un soltero? Peor para la vecina más próxima, que tendrá que proporcionármelos.

Salgo de casa de Dubois sin cerrar la puerta, y subo al otro piso; veo una puerta abierta y oigo cantar; adelanto la cabeza y veo varias muchachas jabonando y otras planchando.

Abro la puerta de par en par, y pregunto cortésmente qué hora es. Todas las muchachas me miran y cuchichean, y una de ellas me responde:

—Ahora lo sabrá usted... precisamente tenemos la hora exacta... ¿vive usted abajo?

—No, señora... Dubois me ha rogado que se lo preguntara...

—Ese señor es muy amable; cuando viene nos enseña canciones nuevas... Victoria, vé á mirar qué hora es.

La muchacha grita desde la pieza inmediata:

—Señora, cuando la aguja larga está abajo y la otra más pequeña al lado, qué hora es?

—Dios mio, qué torpe es esa chica... Ve tú, Francisca.

Francisca sale del lavadero y grita desde la otra estancia:



—Son las tres... no las cuatro... es decir... son más de las cuatro, pero no son todavía las cinco.

Me decido á ir yo mismo á ver la hora, y paso por en medio de las muchachas, bien cerrado el leviton, lo que da lugar á nuevas risitas comprimidas...

—¡Dios mio! las cinco ménos cuarto... ¿y va bien, señora?

—Perfectamente.

No tengo un momento que perder, doy gracias á la señora Bertrand, llego á la puerta, salgo y voy á bajar; pero vuelvo para decirla:

—¿Señora, tendría usted la bondad de darme cuatro alfileres?

—Sí, señor, con mucho gusto... ¿de qué se rien ustedes, niñas? Ya sabemos que los alfileres no son para los hombres, pero se reciben visitas, se rompe el vestido de una señora... tome usted los alfileres...

Doy gracias á la señora Bertrand, que me presenta los alfileres con aire malicioso, y bajo corriendo.

Entro en casa de Dubois, los prendo por delante de modo que no pueda abrirse, y me voy á la calle. Aún tengo un par de pesetas en el bolsillo; tomaré un coche que me llevará al parador de las diligencias y llegaré á tiempo, segun presumo, para recibir á mi padre.

Tengo la suerte de que pasa un coche, y subo á él con grandes precauciones.

—Pronto, cochero, á las diligencias...

Partimos á escape... pero, ¿qué dirá mi padre de mi traje?... Maldito Dubois... si le tuviera entre mis manos... nada, tendré que llevar á mi padre á mi casa y hacerle conocer mi triste situación.

Entro en el pátio, y tengo que bajarme del coche para ir á recibir á mi padre cuando llegue, pero lo hago con tantas precauciones que el cochero me pregunta:

—¿Señorito, le duelen á usted las piernas?

—Sí... tengo gota...

Me siento en un poyo para esperar la diligencia, y me meto el sombrero hasta los ojos para que nadie me reconozca, porque debo estar hecho un verdadero adefesio.

A poco rato veo llegar una diligencia y al mismo tiempo oigo reir á carcajadas detrás de mí.

Es Dubois que rie como un loco al mirarme. ¡Si no me contuviera le ahogaría!

—Pareciste ya... ¡miserable!

—¡Já! ¡já! ¡já! he conocido de lejos el leviton viejo de mi tío... chico, te sienta divinamente.

—¿Y te ries?... yo te obligaré á darme una satisfaccion de tu conducta.

—Pablo, déjame por Dios que me ria un poco... ¡si pudieras verte!... chico, no tienes precio con esos alfileres... Cien francos apuesto á que no haces una pirueta en medio del patio.

—Ya arreglaremos cuentas despues.

—Vamos, tranquilízate... tengo un piso soberbio... criados y una ama de casa amabilísima... ¿Crees que no me he desesperado tanto como tú? Y la pícara de la costurera que he encontrado probando mis pantalones á un bombero? ya te lo contaré.

—Aquí está mi padre.

—Corre á abrazarle, y luego pretexta un negocio urgente y dejame á mí llevarle al callejon de las Viudas; te vistes entre tanto y luego te reunes con nosotros.

—¿Dubois, puedo fiarme de tí?

—Sí...hombre, sí... Ven, y no juntes tanto las piernas...

Me dejo conducir por él; mi padre baja del carruaje, le abraza con efusion, y Dubois se precipita tambien hácia él y le abraza como si le conociera toda su vida, aunque es la primera vez que le vé.

Mi padre me mira como preguntándome quién era aquel sujeto que así le abrazaba, y yo me apresuro á decirle:

—Padre mio, presento á usted á uno de mis mejores amigos... Dubois, corredor de mercancías... que deseaba conocer á usted.

—¡Ah! caballero, deseaba con ánsia conocer al padre de mi amigo... permítame usted que le abrace otra vez...

—Yo me dije «Ya que mi hijo no viene, iré yo...»

—Muy bien pensado... eso fué lo que Mahoma dijo á la montaña.

—Dame otro abrazo, hijo mio...

—Sí, hombre, sí, abraza á tu padre.

Y Dubois me impele de nuevo hácia mi padre, que lanza un grito, diciendo:

—¡Ay! ¿qué diablos me ha pinchado?

Yo me abochorno; es uno de mis alfileres que se le ha clavado en la pantorrilla. Dubois se muerde los labios, y mi padre, examinando mi traje, me dice:

—¿Pero qué es esto?... ¿Me parece que ese traje?

—Padre, contesto, estaba tan de prisa...

—Es un traje de verano, interrumpe Dubois, porque aunque á primera vista creerá usted que tiene calor con ese leviton largo... pues nada de eso... le aseguro á usted que está muy fresco.

—¿Pero, hombre... por qué esos alfileres en lugar de botones?

—¡Ah! siempre, caballero, siempre...

—¿Cómo siempre?..

—Sí, señor... en Paris siempre hemos usado alfileres.

—En la camisa, no digo que no, pero en la ropa exterior...

—Tambien es la última moda...

—Pues en otro tiempo sólo las mujeres se ponian alfileres y nosotros botones.

—Antes de la revolucion podria ser muy bien... pero despues del progreso de las luces, los hombres nos hemos desabotonado y llevamos alfileres,

porque es más decente y está más en armonía con aquel proverbio que dice:

«El que se acerque se picará.»

Piso á Dubois para hacerle callar y me apresuro á cambiar de conversacion, exclamando:

—Ya hablaremos más tarde de vestidos... mi padre debe estar cansado... y necesita reposo.

—Tienes razon, hijo mio, vamos á tu casa...

—Sí, señor, yo le conduciré á usted.

—¿Cómo no vienes con nosotros, Pablo?

—Me es imposible... un negocio urgente...

—Sí, señor; se trata nada ménos que de ganar un millon de escudos... así conocerá usted su situacion actual, no hay dos hombres tan desahogados como él.

—¿De veras... Pablito?

—Sí, padre mio; Dubois, te confío á mi padre.

Me vuelvo á mi coche y doy las señas de mi casa; pero parado delante de ella hay una maldita carreta, y yo con la prisa que tengo me bajo del coche y echo andar hácia mi casa, pero tropiezo con dos señoras.

¡Cielos! son Agustina y Julieta.

Me pongo colorado como un tomate, mientras que Agustina me mira con sorpresa.

—¡Cómo!.. ¡es usted!..

Julieta suelta una carcajada y exclama:

—¡Dios mio!.. ¡qué raro está!... Señor Deligny, ¿dónde ha ido usted á buscar ese leviton sin cuello, y esa hilera de alfileres?

—Es una apuesta... pero ahora estoy de prisa, necesito absolutamente entrar... porque no puedo estar así mucho tiempo.

Las saludo y entro en mi casa como un cohete. ¿Qué pensará Agustina? ¡Diantre! piense lo que quiera, pero yo no podía aguantar más.

Me arranco, más bien me quito el leviton, y me pongo los pantalones. ¡Ah! qué bien se está así! Ahora vamos al callejón de las Viudas.

---

---

## CAPITULO XIX

### La casa del callejon de las Viudas

Llegamos al callejon de las Viudas, y el cochero me pregunta el número.

—No sé, le digo; pero es una especie de casa de huéspedes.

—¡Ah! ya lo sé, señorito... es donde vive un médico famoso que cura todas las enfermedades con yerbas.

—No sé, pero preguntaremos.

El cochero pára delante de una casa de buen aspecto, en cuyo vestíbulo veo á Dubois paseándose.

—Aquí es, digo al cochero.

Le pago y entro en la casa; Dubois se acerca á mí, restregándose las manos con satisfaccion.

—¿Qué te parece la casa, Pablo?

—Muy bien... y si el interior corresponde á lo que veo.

—Es mejor; quedarás contento...

—Vive en esta casa un médico de fama.

—Vivia... pero ya no vive; está ahora en el campo por quince días, y precisamente es su cuarto el que nos han dado... Tu padre está entusiasmado.

—¿Dónde está?

—Arriba está descansando; es preciso primero que vayas á saludar al ama de la casa, porque le gustan mucho los cumplidos, las galanterías... Para alojar á tu padre aquí, he tenido que hacer... muchas cosas... La señora Ledous me adora hace tiempo... Pero si te gusta... no te detengas... me harás un favor...

Y al decir esto, me hace entrar Dubois en el piso bajo, donde está la señora Ledous, mujer de cuarenta y tantos años, á quien doy las gracias por su amabilidad, y al despedirme yo dice á Dubois:

—Caballero, desearia consultar con usted... sobre el precio de los artículos coloniales.

Dejo á Dubois á solas con la señora Ledous, y subo á mi nuevo domicilio.

Entro en una preciosa antesala, donde encuentro un criado muy cortés, á quien la señora Ledous ha puesto al corriente de todo.

Y despues de atravesar várias piezas amuebladas con lujo, encuentro á mi padre sentado en



el salon, que viene á abrazarme con aire radiante, exclamando:

—Hijo mio, te doy la enhorabuena, todo esto es magnífico...

—No tanto, no tanto...

—Ya sé que esta casa es tuya.

—Mia... no enteramente.

—En fin, que haces magníficos negocios... Tu amigo te ha vendido... Y te aseguro que me alegro doblemente, porque en el pueblo me dicen que lo que harás aquí será disipar tu caudal... y esta es una de las razones que me han determinado á venir á verte; pero á mi vuelta voy á confundir á esos habladores...

—Dejemos eso á un lado, y vamos á comer, padre mio.

Nos sentamos á la mesa y nos sirven una comida regular. Dubois come y bebe por cuatro, diciéndome al oido que ha ganado bien la comida; pero le tiemblo cuando habla de mis riquezas, de mis caballos... Mi padre no sospecha nada y está loco de contento.

Dubois le propone ir á la Opera, y veo imposible ir esta noche á casa de Agustina.

Pero no hay más remedio que resignarse, y envío al criado á buscar un coche. Despues de tardar mucho tiempo, vuelve con un pesetero. Al bajar nos encontramos con la señora Ledous, que nos hace mil reverencias; mi padre me pregunta quién es, y Dubois se apresura á responder, que

es mi ama de gobierno; mi padre quiere ir á saludarla y felicitarla por el órden que reina en la casa; pero yo se lo impido diciendo que es tarde.

Tenemos el simon más indecente que hay en Paris, y como camina tan despacio, le choca á mi padre y me lo dice; pero Dubois añade que es por prudencia, porque hay mucha gente en la calle.

Mi padre se asoma á la ventanilla: precisamente estamos en los Campos Eliseos y no pasa un alma; grito al cochero que arree los caballos, pero los pobres y escuálidos animales no pueden más, y por fin, al cabo de tres cuartos de hora llegamos al teatro de la Opera.

Mi padre no ve más que el espectáculo; Dubois hace sus observaciones en voz tan alta, que incomoda á sus vecinos; yo le hago callar; pero él añade:

—Chico, bueno es que vea tu padre que tus amigos no se dejan imponer por nadie.

Cuando se acaba el primer acto Dubois ve dos muchachas bonitas en el anfiteatro, las sigue por las galerías, y me dice:

—Amigo, te he dedicado todo el dia... la noche pertenece al amor... Adios... hasta mañana...

Me alejo satisfecho, y apenas he dado cuatro pasos, cuando encuentro á Herminia y Jenneville y no puedo evitar ir á saludarlos.

Los ojos de la bella Herminia me causan miedo; finjo no notar su enojo, pero veo que Jenneville me **mira** con aire irónico.

—¡Cómo! me dice con tono sarcástico. ¿Qué casualidad le trae á usted á la Opera?... Cuando está usted tan retirado, sólo dedicado enteramente á la dama de sus pensamientos... Su pasion de usted, añade, hace más ruido de lo que usted cree.

Me turbo á mi pesar, porque comprendo que aquellas palabras son intencionadas.

Pero empieza el tercer acto y se alejan, diciéndome antes Jenneville:

—Ya iré á darle á usted la enhorabuena y las gracias.

¿Sabrá que es su mujer á quien veo todos los dias? Si lo sabe, se lo ha dicho Herminia; esa mujer me detesta ahora, y hará cuanto pueda por atormentarme.

Volvemos á casa, y mientras me desnudo hablo con Lapierre del Sr. Delzizu, cuya habitacion ocupamos. Efectivamente, me dice que ese doctor extranjero lo cura todo con simples.

Yo me duermo rogando á Dios no vuelva el doctor hasta que mi padre se haya ido, y espero levantándome temprano, poderme escapar un rato.

Pero mi padre es un lugareño y se levanta, con la aurora, y cuando yo me levanto, está él ya de pié, arreglando la distribucion del dia.

—Me llevarás allá... Me llevarás acullá...

Confio que Dubois vendrá á relevarme, y efectivamente, le veo aparecer con alegría.

He prometido á mi padre llevarle á almorzar al Palais-Royal; y vamos á ponernos en marcha,

cuando la señora Ledous envia á decir á Dubois que desea saber el precio de los artículos coloniales. Dubois hace un gesto horrible y nosotros nos vamos.

Los provincianos son terribles; todo quieren verlo minuciosamente.

Llegamos á las Tullerías, y Dubois todavía no parece. ¿Si me dejará solo todo el dia con mi padre?...

A las seis de la tarde volvemos á comer al Palais-Royal, y yo estoy desesperado porque no he podido ver á Agustina; el amor es muy exigente.

Ibamos á sentarnos á la mesa, cuando entra en el salon Dubois, y viene á sentarse con nosotros.

—¿Pareciste ya?

—Sí, amigo mio, he estado muy ocupado.

—Pero esta noche me harás el favor de acompañar á mi padre, porque tengo un negocio urgente...

—Con mucho gusto... verá usted, señor Deligny... cómo nos divertimos... hasta haremos locuras... no digo más...

—Pero procura volver temprano, me dice mi padre.

La seguridad de poder ir esta noche á casa de Agustina, me devuelve mi buen humor; Dubois nos cuenta mil anécdotas, mi padre ríe y bebe fuerte, y Dubois está ya alegre como la noche

anterior; despues de los postres me voy, recomendando mi padre á Dubois.

Son las siete y media, tomo un coche, y voy volando á casa de Agustina; pero encuentro á ésta con Julieta, que me recibe con frialdad, con indiferencia... buena señal. Julieta tambien está reservada conmigo; por fin me dice sonriendo:

—¿Se ha quitado usted ya aquel precioso leviton con alfileres?

—Este caballero iría disfrazado así para evitar la persecucion de algun celoso.

—No, señora; y en prueba de ello, les referiré á ustedes mis aventuras de ayer.

Al saber que mi padre está en Paris, Agustina se digna mirarme, Julieta llora de risa con el episodio del pantalon, y acabo, por fin, haciendo conocer la impaciencia y el despecho que he sentido la vispera, y los bellos ojos de Agustina se fijan en mí con una expresion suave y cariñosa.

—Vea usted, exclama Julieta, lo que es juzgar por las apariencias... Agustina habia formado el proyecto de no volver á ver á usted más, creyéndole un libertino.

Ahora comprendo por qué me recibieron con tanta frialdad. Si la fuera indiferente, ¿qué la importaria que fuera ó no libertino?

Por fin Julieta nos deja, y me quedo solo con Agustina, que se acerca á mí. Su voz es más dulce que de ordinario, sus ojos me miran con bondad.

¡Ah! sino me contuviera, caería á sus plantas; pero no, no, he de estar seguro de ser amado, porque una decepcion sería cruel.

—¿Por qué teme usted, me dice Agustina despues de un largo silencio, que su padre sepa que ha perdido usted su fortuna?

—Por no darle un disgusto en primer lugar, y porque querria sacarme fuera de Paris... y sobre todo, casarme.

—Casarle á usted... Es verdad... tendrá usted que casarse...

Pronuncia estas palabras tristementé, inclinando la cabeza sobre el pecho; yo guardo silencio, pero apénas respiro:

—¿Por qué no quiere usted casarse ahora? añade Agustina.

—Porque no me seduce el matrimonio.

—Sí, pero llegará un dia en que tendrá usted que hacerlo. ¡Ojalá sea usted más feliz en su matrimonio que yo lo he sido en el mio!...

Apénas acaba de hablar, dos torrentes de lágrimas se escapan de sus ojos. ¿Qué es lo que hace correr su llanto, el recuerdo de su marido ó la idea de que yo me case?

Tomo su mano, que estrechó entre las mias, mientras se calma su afliccion.

—¡Qué fastidiosa soy! ¿verdad? me dice. El recuerdo de mi matrimonio... es muy tarde... está lloviendo... ¿va usted esta noche al callejon de las Viudas?

En efecto, el tiempo es horrible; mi padre estará ya acostado y le diré que he salido antes de que se despertara; así podré ver á Agustina otra vez antes de ir á los Campos Elíseos. Ella aprueba mi idea, y al despedirnos me dice:

—¡Hasta mañana!...



---

---

## CAPÍTULO XX

### Mi padre y Dubois.—El inglés enfermo

Mientras que yo, ébrio de amor y de esperanza, pasaba una noche deliciosa al lado de Agustina, olvidando á mi padre y á Dubois, ellos tampoco habian sido exactos en acudir á la cita.

Solo Dubois con mi padre, quiere hacerle probar todos los licores, y como está en fondos, gasta lindamente el dinero; felizmente, el calor del café y de los licores les hace desear respirar aire más puro:

—Vamos á pasear, dice mi padre.

—Sí, vamos á ver las muchachas en el boulevard.

Y mientras pasean por allí, Dubois, que está algo calamocano, habla á todas las mujeres que le parecen bien, y como algunas se ofenden y hacen intervenir los hombres, Dubois aprieta el



paso y tropieza con las tiendecillas, derribando las mercancías, recibiendo injurias de los mercaderes, hasta que mi padre, aturdido del paseo que le hace dar Dubois, le dice:

—¿Por qué nos grita esa gente?

—Porque son unos tunantes que tienen gana de que yo les apalee.

Mi padre, cansado del paseo, tiene ganas de acostarse; pero Dubois le dice:

—No por cierto, son las diez, y en Paris ninguna persona decente se acuesta á esa hora... vamos á tomar un coche y le conduciré á usted á un sitio delicioso, muy cerca de su casa de usted...

Suben al coche, y Dubois dice al cochero que les lleve al salon de Flora, en los Campos Eliseos.

—¿Qué es el salon de Flora?... pregunta mi padre.

—Uno de los bailes campestres de la capital...

—En mi tiempo era yo gran bailarín.

—¿Qué edad tiene usted ahora?

—Cincuenta y ocho años.

—La mejor edad para bailar... esta noche bailará usted un rigodon ó lo que usted quiera.

Llegan al salon de Flora; Dubois toma á mi padre del brazo y le pasea por el salon; luego le hace sentarse en una mesa y pide un bol de ponche.

A poco rato dice Dubois á mi padre:

—Ahora que hemos refrescado, vamos á bailar...

—Preferiria irme á acostar.

—¿Ahora piensa usted en eso?

—Está lloviendo á mares...

—Bailemos.

—Pero si no conozco á las señoras.

—Aquí pronto se hace conocimiento; saque usted á la que más le guste.

Mi padre se quita el sombrero, toma un aire decidido, y saca á bailar á una señora de cincuenta años, que habia ido acompañando á unas sobrinas.

La buena señora entusiasmada toma al punto la mano de mi padre, y se colocan en su sitio. Dubois se pone enfrente con una jóven, que dice:

—Si esa no sabe las figuras, mal estamos...

Varias jóvenes que no bailan se acercan á ver aquella pareja de antaño. Ya se sabe que el primer ritornelo es solo para prevenir á los bailarines; pero mi padre, que lo ignora, sale desde el primer compás y llega con su pareja hasta Dubois, que le detiene por el faldon de la levita, diciendo:

—Un momento, angelitos... todavía no... ahora... ahora.

Dubois, caliente con el ponche, baila como un loco; mi padre y su pareja van perdidos desde la cadena; pero siguen bailando y excitando la hilaridad general; Dubois al pasar junto á mi padre, le dice:

—Dé usted de puntapiés á todos esos pilletes.

Mi padre y su pareja se pierden de nuevo, y terminan la pastorela walsando. Las carcajadas de los jóvenes son más estrepitosas, y Dubois les arroja á la cara su sombrero, gritando:

—Ninguno de ustedes es hombre para bailar así, los desafío á todos...

Varios de ellos se precipitan sobre Dubois; las mujeres gritan, se empujan, se amenazan; Dubois que se vé amenazado por una docena de ellos, toma á mi padre por escudo; llega la guardia, echa á la calle á Dubois y á mi padre como motores del escándalo, y sin saber cómo se encuentran ambos en medio de los Campos-Elíseos con un tiempo horrible.

—¿Qué es esto? ¿en donde estamos? porque la oscuridad era tan grande que no se veía á dos pasos de distancia..... ¡reunirse treinta contra dos!... No sé cómo ha sido esta disputa... y como usted no me soltaba, creo que he recibido algunos golpes...

—Venga usted, virtuoso anciano... no se dirá que han maltratado al padre de mi amigo.

—¿Adónde quiere usted llevarme?

—Al baile otra vez á darles otra lección.

—No, vamos pronto á casa; ¿conoce usted el camino?...

—No tenga usted cuidado, no nos perderemos.

—¡Ah! ¿qué es eso? he metido un pié en un agujero.

—No importa. Me he mojado hasta la rodilla.

—Ya se secará... Déme usted el brazo...

—¿Cómo siendo uno de los mejores barrios de Paris está tan mal alumbrado?

—Porque solo los barrios malos tienen rateros y necesitan luz.

—Espere usted, vamos á buscar la cera.

—¿Qué esto?... ¡Ay!...

Esta exclamacion procede de que ambos han caido en una zanja llena de agua y lodo. Dubois jura como un carretero, y mi padre hace otro tanto, maldiciendo el magnífico barrio donde vive su hijo... Por fin llegan al callejon de las Viudas, y entran en casa de la señora Ledous.

El criado dice á Dubois que la señora Ledous desea hablarle para saber el precio de los artículos coloniales.

—¡Ni el de las habichuelas le diré! exclama Dubois. ¡Que se vaya á paseo!... Parece que le gusta el dulce... Vamos á acostarnos, padre de mi amigo.

No deseaba otra cosa, aturdido con los acontecimientos de aquella noche.

Dubois, que no sabia dónde acostarse, toma una luz y se pone á registrar la casa, entrando en todos los cuartos; por fin llega á uno donde hay una cama, y vé acostada en ella á la cocinera de la casa, y aunque esta no es bonita, ni jóven, cuando se ha comido bien y se ha bebido ponche en abundancia, no se tiene la cabeza segura, y

Dubois se desnuda, apaga la luz y se acuesta á su lado diciendo:

—Veremos si sabe hacer el amor, como los macarrones.

Mi padre, al despertarse por la mañana, repasa en su memoria los acontecimientos de la víspera, y queriendo hablarme de mi amigo, me llama; pero yo no respondo, porque he dormido en la calle Charlot; se viste y va á salir de su cuarto refunfuñando, cuando se presenta un jóven muy elegante, haciéndole un profundo saludo.

—¿*Mister Dezini*? pregunta el recién venido con un acento que revela á un vecino de Ultramar.

Mi padre cree que aquel jóven inglés pregunta por su hijo, y presentándole una silla, le dice:

—Mi hijo ha salido, caballero; pero si usted tiene la bondad de decirme quién es, será lo mismo...

El jóven inglés no comprende muy bien á mi padre, y se sienta repitiéndole:

—¿Visté estando mister Dezini?

—Sí, señor... Deligny... no, Deziny... Es usted inglés?...

—*Yes*... visté estando grandemente útil á mis compatriotas... y ellos darme direccion á mi...

—Comprendo, mi hijo ha hecho negocios con compatriotas de usted...

—*Yes ui*. Yo viniendo para que visté consolando mi... pagando muy bien, mucho sin regateando.

—Ya... ¿Desea usted consultarle?

—*Yes... consultation.*

—¿De qué se trata?

—Mi teniendo el gusano todo solo yes.

—Dispéñseme usted... no he comprendido bien.

—Mi teniendo el gusano todo solo.

Mi padre abre los ojos, y se rasca la cabeza, murmurando:

—Usted tiene el verso... (1) ¡Ah! quiere usted decir que hace versos.

—*Yes, yes.*

—Y viene usted á consultar á mi hijo sobre esos versos; déjemelos usted, y se los enseñaré á mi hijo...

El inglés mira á mi padre sorprendido.

—Mi diciendo á visté que no queria ya teniendo el gusano todo solo.

—Comprendo, que quiere usted hacer los versos en colaboracion con mi hijo.

El inglés se levanta colérico.

—Mi teniendo el gusano todo solo... ¡God-dem!... Visté sacándole de aquí...

Y al decir esto, el inglés toma la mano de mi padre y se la aplica sobre el vientre.

Mi padre encuentra esta accion poco decorosa, y exclama:

—¡Vaya usted al diablo con sus versos! ¡Cree

---

(1) Este equívoco no puede traducirse, porque se funda en que en francés *ver*, gusano, y *vers*, verso, se pronuncian lo mismo.

usted que aquí se tantea el bolsilo para ver si pueden pagar los hombres de negocios?... Bien, ya se explicará usted con mi hijo...

Mi padre no puede ya contenerse, cuando suenan otros gritos, que parten del cuarto de la cocinera. Es la señora Ledous, que admirada de que la criada no bajase á hacer el desayuno, sube á su cuarto, y se encuentra allí á Dubois diciéndola el precio de los artículos coloniales. La buena de la señora está furiosa, despidе á la muchacha y dice á Dubois que no puede ya prestarme la casa.

Dubois baja medio vestido á darme la noticia, y encuentra á mi padre con el inglés, que no quiere dejarle sin que le dé alguna droga. Dubois, que comprende el chasco, se echa á reir á carcajadas, y en esto aparece la señora Ledous lanzando á Dubois miradas furibundas.

—¡Por Dios! señor Dubois, exclama mi padre; libreme usted de este hombre... y usted, señora, que es aquí el ama de gobierno... ¿por qué ha dejado usted subir á este jóven?...

—¡Yo ama de gobierno! dice la señora Ledous; sepa usted, caballero, que estoy en mi casa... que todo lo que hay aquí me pertenece... y que si consentí en prestar este cuarto á su hijo de usted... este piso que habita el señor *Delzini*, no fué para que corrompiesen las cocineras!... ¡Qué horror!... ¡en mi casa no permito semejantes escándalos!...

—¡Cómo!... señora; ¿esta casa no es de mi hijo?...

—No, señor; es mía... y se la he prestado... para que por este medio ocultase á usted el mal estado de su fortuna... pero ahora mismo hay que dejarme libre el piso; el Sr. Delzini va á venir.

—¿Por qué usted, no queriendo siempre curando á mí?... dice el inglés furioso.

—Escuche usted, caballero inglés, le dice Dubois; ¿qué es lo que usted desea? . . . ¿Viene usted á que le curen, no es verdad? Pues espere usted unos días, porque este caballero no es el médico... y entre tanto, lárguese usted con su *solitaria*, que es lo mejor que usted puede hacer.

Y le acompaña hasta la puerta.

En aquel momento llego yo entusiasmado, porque acabo de ver á Agustina, y creo ser amado; pero al entrar en la habitacion de mi padre le veo con rostro ceñudo y severo.

—¿Por qué me ha engañado usted? ¿Por qué me ha dicho que esta casa era suya? ¿Conque está usted casi arruinado?... Vamos... dígame usted toda la verdad.

Me quedé mudo de asombro; por fin, haciendo un esfuerzo:

—Es cierto, padre mio, le dije, que he engañado á usted; he sido víctima de un miserable en quien habia puesto mi confianza, pero al ménos no debo nada á nadie.

—Sí, señor, exclama Dubois; tiene usted un hijo que es el honor y la probidad misma...



—Pablo, me marchó...

—Ya, padre mio.

—Al momento, no quiero más Paris... ¿Vienes conmigo?

—Padre mio, tengo aún con qué vivir... y seré juicioso y arreglado...

—Cuando no tengas nada, vente al pueblo conmigo y verás que allí también se puede ser feliz.

Mi padre y yo subimos en un coche, llegamos á la administracion de diligencias, tomó un asiento para él, y me dice:

—Hijo mio, debo perdonarte tus locuras, porque yo también las he hecho con ese calavera de Dubois... Pero para hacerte juicioso, no hay más medio que casarte... y voy á buscarte lo que necesitas...

No respondo á mi padre, y le dejo subir. Tengo por principio no contrariar á nadie, aunque no haya de hacer lo que desean.

De allí vuelvo á mi casa.

En la puerta me encuentro á Niní, más decentemente vestida, que se empeña en subir á mi cuarto para decirme que ha hecho las paces con su tia, que tiene novio y se casa.

Niní se despide, y el portero al verla pasar se sonríe maliciosamente.

Salgo á comer, acabo en un momento, pensando en que Agustina se alegrará de que mi padre se haya marchado, y subo á su casa.

—No está la señora, me dice la criada al abrir la puerta.

Subo otras dos veces, y tampoco la encuentro.

Vuelvo á mi casa, y el portero me entrega una carta. La abro. ¡Es de ella!

Me quedo anonadado. ¡Visitas agradables!... ¡Mis amores!... Todo me lo explico; ha visto subir á Nini á mi cuarto. El móvil de su conducta son los celos. ¡Ah! respiro; pero quiero justificarme, voy á escribirla.

Cierro la carta, pongo la direccion, bajo las escaleras de cuatro en cuatro, y sin reparar que la trampa del sótano está abierta, paso por encima, me caigo y recibo un golpe terrible.

Cuando vuelvo en mí, me encuentro en el lecho. La cabeza me duele terriblemente.

Pasan cuatro dias, que me parecen cuatro siglos á pesar de que Agustina manda á preguntar á cada momento por mí.

Por fin me siento mejor, y espero ir pasado mañana á verla.

Pasa el dia y el siguiente, y estoy pensando en salir, á pesar de la prohibicion del médico, cuando llaman á la puerta.

¡Es ella!... ¡Agustina!... Su presencia me devuelve enteramente la salud.

Al dar gracias á Agustina por el interés que se toma por mí, me dice:

—Calculé que mi visita podria serle á usted

agradable... y á pesar de las conveniencias sociales... la amistad...

En aquel momento llaman á la puerta. ¡Maldita visita!

Agustina pierde el color, se levanta y me mira con terror.

— Entre usted en ese gabinete, que no la vean, y respondo que despacharé pronto.

---

---

## CAPÍTULO XXI

### El marido en casa del amante.

—¿Quién me visita? Jenneville.

Me quedo como petrificado al ver á Jenneville; no sé si él nota mi turbacion y palidez; pero sonrie con aire irónico, diciéndome:

—Me alegro de encontrarle á usted en casa.

Entra, se sienta en el sillón que su mujer ocupaba momentos antes, y yo, sin fuerzas para nada, me quedo de pié delante de él.

—Por casualidad me encuentra usted, porque iba á salir.

—El portero me ha dicho que estaba usted enfermo.

—Es verdad, pero ya estoy bien y voy á salir.

—Sin embargo, parece usted débil... pálido...

—Resultado de la caída que he dado... ahora voy á casa de mi médico.

—Entonces le acompañaré á usted, porque tengo que hablarle.

Que me acompañará; es decir, que no puedo desembarazarme de él... lo mejor será oírle.

¡Pobre Agustina! ¡cuál debe ser su ansiedad en este momento!

Me dejo, pues, caer en una silla con un aire de impaciencia que no trato de disimular; Jenneville no parece notarlo, y me dice con tono burlesco:

—¿Y qué tal, Deligny? ¿continúa usted con el mismo afán para que yo vuelva al lado de mi mujer?

—¿Yo?... Haga usted lo que quiera...

—¿Pero no recuerda usted con qué vehemencia me habló? ¿qué magnífico sermón me echó para convencerme que había hecho mal en separarme de ella, y que no podía vivir feliz sino volviendo á su lado?

—Lo recuerdo, y creo que le dí á usted un buen consejo...

—No lo dudo... Pero la señora de Remondo... me ha dicho una cosa... que disminuye mucho el valor que daba yo á la opinión de usted... ¡Perdiz! me hizo reír, acordándome de sus magníficos consejos...

—Tengo prisa, señor de Jenneville...

—¡Oh! concédame usted algunos instantes... Pues bien, me dijo, ¡ja! ¡ja! todavía me río... que era usted el amante de mi mujer.

—La señora de Remondo le ha engañado á usted; le digo con voz temblorosa... He tenido, en

efecto, el gusto de encontrarme á menudo con la señora de Luceval... Pero ignoraba que la uniesen á usted...

—No se defienda usted, amigo mio: lo mismo me da que sea usted su amante, que otro cualquiera.

—Le aseguro que le han engañado respecto á las relaciones que existen entre la señora de Luceval y yo...

—Sí, ya sé que ahora se hace llamar así; pero recordará usted que me habia dicho que estaba usted locamente enamorado...

—Esa no es una prueba, pues podia amar sin ser correspondido...

—No estamos en el siglo del amor platónico, si es que ha existido... Además, mi mujer es muy sensible... y cuando no se ha obtenido nada, ¡cómo se pasan todas las noches al lado de una mujer!..

—Le aseguro á usted que las apariencias engañan; ¿y quién le dice á usted que no me recibia ella para hablarme de usted?

—¿De mí? seria gracioso; ¿y la hablaba usted de mí de dia y de noche?

—Dejemos esa conversacion.

—¿Se incomoda usted? Yo soy el que debia incomodarme, no porque usted fuese el amante de Agustina, sino porque queria usted endosármela.

—Repito que...

—No se moleste usted: yo no soy de esos maridos susceptibles que, no contentos con haber sido engañados, quieren recibir una estocada del que les reemplaza; yo me batiría por una querida!.. ¡Pero por mi mujer!... No soy tan tonto... y sería ridículo además...

En este momento se oye un débil gemido en el gabinete en que Agustina está oculta, seguido de un ruido bastante fuerte.

Jenneville me mira, yo tiemblo. Tal vez necesita socorro, y no me atrevo á decirlo por no descubrirla.

Jenneville se levanta friamente, diciendo:

—¡Ah! ¿no estaba usted solo?... Siento haberle molestado...

—No es nada... Y además... ¿qué le importa á usted?...

—Creo, amigo mio, que esa señora necesitará tomar el aire...

Y diciendo estas palabras, sin darme tiempo de impedirselo, abre la puerta del gabinete y me muestra á Agustina tendida en el suelo.

Ya no veo más que á la mujer que adoro; corro, la levanto, y la saco á la habitacion exclamando:

—Vea usted en qué estado la ha puesto usted... se muere...

—¿Yo? pues es gracioso... ¿Y me dirá usted ahora que no está en relaciones con ella?

—Ayúdeme usted á socorrerla, y le daré todo género de satisfacciones...

—Yo no trato de pedírselas á usted... Pero le dejo á usted, porque si me viera al abrir los ojos, tendríamos una escena trágica, y no me gustan esas escenas... Adios... ya le he probado á usted que estaba enterado de todo.

Y se marcha.

Yo en aquel momento no veo más que á ella, que continúa sin movimiento; la rocío con agua y vinagre, y como estoy convaleciente, conozco que me faltan las fuerzas. Me arrodillo junto á ella, apoyo su cabeza en mi pecho, llamo, y en aquel momento abren la puerta.

Es Dubois, que al verme de rodillas junto á Agustina, exclama:

—Pero, hombre, ¿tienes aquí una señora y dejas la puerta entreabierta?

—¡Ah! ven, ven á ayudarme á socorrerla... Está sin conocimiento... Si hubieras venido antes, hubieras visto á su marido.

—¡Diablo! si el marido ha venido, comprendo el desmayo... ¡Ah! voy á traerte todos los doctores del barrio. Sale Dubois.

Agustina vuelve en sí.

—Ha partido... Pero me ha visto, ¿verdad? Dios mío, estoy perdida...

—Agustina, ¿por qué esa desesperacion?... ¿No la ha dejado á usted libre con su conducta?... Además, usted no es culpable.

—Lo soy á los ojos del mundo... Ha querido usted reconciliarle conmigo...



—Quería verla á usted feliz.

—Ahora me despreciará usted. ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

Agustina llora amargamente, y cuando le digo que va á venir gente, se despide de mí sollozando, y se aleja precipitadamente. Yo me meto de nuevo en cama.

## CAPÍTULO XXII

### Quince días de espera

Al día siguiente me siento ya restablecido. ¡Soy tan feliz sabiendo que ella me ama! Mientras me desayuno, pienso en el dichoso momento en que volveré á verla, y ya me disponia á salir, cuando entra en mi cuarto el portero con una carta en la mano.

Al momento un secreto presentimiento me dice que es de ella, y cogiéndosela vivamente al portero la leo.

«Amigo mio (esta palabra me tranquiliza, no está enfadada): la escena de ayer me ha hecho mucho daño; no puedo acostumbrarme á la idea de que ahora mi marido tiene derecho á despreciarme; para reparar la ligereza de mi conducta, y sobre todo para vencer la debilidad que he confesado á usted, el mejor medio es no volverle á

ver... pues sino llegará un día en que seré por completo culpable. Ya no me atrevo á contar con mis fuerzas y con mi razon... Pero en medio de la turbacion en que me hallo, el mejor medio, el único posible, es huir de usted ahora... Despues, más tarde, nos volveremos á ver; pero no intente usted seguirme... Déme usted esa prueba de su cariño...»

¡Quiere huir de mí! ¡Y olvidarme! ¡Y esa es la recompensa de mi amor!... Pero no la abandonaré; voy ahora mismo á su casa, se incomodará... mejor, reñiremos; prefiero que no me amen á que me amen de lejos.

Tomada esta resolucion, me voy á casa de Agustina; pero el portero me detiene al ir á subir.

—¿No sabe usted que la señora de Luceval se fué esta mañana con su criada?

—¿Y adónde?

—Al campo, segun creo.

—¿Pero á qué campo?

—La señora no me lo ha dicho... Parece que no quiere recibir visitas.

—¿Y cuándo volverá?

—Tampoco lo sé.

Yo sé que tiene una posesion en Luciennes; pero hácia qué lado? Lo ignoro... ¡Ah! Julieta debe saberlo; voy corriendo á su casa.

Felizmente encuentro á la señora Darbelle (que es el apellido de Julieta); me introducen á su presencia, y sonrie al verme.

—Le esperaba á usted, me dice, porque debe usted haber recibido una carta de Agustina, en que le dice que se marcha, y usted, como era natural, vendria á preguntarme dónde está... Ayer, antes de marcharse, ví á Agustina; estaba loca, desesperada... Traté de consolarla... porque, en verdad, yo tuve la culpa de que ella fuese á su casa de usted... La repetia sin cesar que estaba herido, doliente...

—¡Cuán buena es usted!...

—Llegué por fin á calmar su ánimo, y la hice observar que sería recompensar muy mal la generosidad de su conducta abandonarle á usted de ese modo... «Ya veremos más adelante,» me dijo. Cuando la ví resuelta á irse al campo, no traté de combatir su resolucion... pero la prometí ir á verla... Y aunque ella no me ha dado permiso, le llevaré á usted conmigo...

—¡Ah! señora, ¿cómo podré pagar á usted nunca? ¿Y cuándo vamos?

—Hay que dejar aburrirse bien á Agustina en su soledad; iremos dentro de tres semanas.

—¡Tres semanas!... son tres siglos...

—¡Vamos, sean quince dias!

—¿Y por qué no mañana?

—Porque conozco á Agustina... tiene la imaginacion algo exaltada... y ahora no le recibiria á usted... Es preciso que se calme... Dentro de quince dias me brindo á servir á usted de compañera en su visita.

## CAPÍTULO XXIII

### El amor... los campos

Han pasado quince días: he corrido á casa de Julieta.

He alquilado un cabriolé por todo el día; yo le guio, y vamos volando; pero Julieta me dice á cada momento:

—No vaya usted tan de prisa.

—Hace quince días que me muero de impaciencia.

—¡Pero yendo de este modo vamos á volcar!... Y si se rompe el carruaje... ó quedamos heridos cualquiera de los dos, retardará más este incidente el instante deseado.

Tiene razon Julieta, y contengo un poco tan desenfrenada marcha.

—Dígame usted, ¿ha sabido usted algo de ella en estos días?

—Sí, señor.

- ¿La ha escrito á usted?
- Sí tal.
- ¿Y no me lo decia usted?...
- ¡Cómo queria usted que le dijera nada, si parece usted un loco!...
- ¡Ah! dispénseme usted, señora.
- Me escribió á los tres dias, diciéndome que me esperaba... Luego me preguntó si le habia visto á usted.
- ¿Y qué la respondió usted?...
- Nada... Cuatro dias despues me decia que el campo la parecia triste, que hacia mal en olvidarla... que usted, sin duda, no pensaria ya en ella.
- ¿Pero usted la habrá dicho?...
- Nada... tampoco... y estoy segura que estará furiosa contra mí.
- ¡Y así la prepara usted para recibirme!...
- ¡Qué inocente es usted!... Cuanto más tememos que nos olviden los que amamos, con más alegría los vemos...
- No contesto nada y arreo el caballo; pasamos Neuilly, Nanterre, Malmaison y tocamos en Bougival...
- ¿Hemos llegado ya? pregunto.
- Todavía no; pero ya estamos cerca... hay que tomar ese camino que conduce, á Luciennes... La casa de Agustina está junto á los acueductos de enfrente...
- Subimos despacio la cuesta y al fin llegamos.

—Aquí es, me dice Julieta. Esa casa de la esquina, á la izquierda.

Bajamos: el corazón me late como si fuera á cometer un gran delito; Julieta se compadece de mi turbación, me toma la mano sonriendo y me dice:

—Tranquilícese usted... ¿Cree que no se alegrará de verle?...

—¡Ah! señora, quien bien ama, bien teme.

Una aldeana vieja nos abre la puerta cochera, y nos dice que la señora está en el jardín.

Julieta no quiere que la avisen, y se va á buscarla... Yo la sigo. El jardín me parece bastante grande... De pronto veo á Julieta que se detiene, y me dice, señalándome un bosquecillo:

—Ahí está... Espere usted un momento.

Me oculto rápidamente, pero tan cerca de ellas, que puedo oír su conversación.

Al ver á su amiga, exclama Agustina:

—¿Eres tú?... ¡Qué alegría! ¡Estoy muy enfadada contigo!... ¡No contestarme ni una sola vez!... En fin, abrazame y luego reñiremos...

—Como tenías tantos deseos de estar sola, te he dejado que goces de la soledad á tus anchuras...

—Debía haber vivido en ella desde que mi marido me dejó.

—Justo, y que él mientras tanto se divertiera con sus queridas.

—Julieta, no hablemos de él.

—¿Sabes, Agustina, que no he venido sola? He traído compañía...

—¿Compañía?... ¿Quién?

—Una persona que no se atreve á presentarse á tí... porque tiene miedo.

Julieta me hace una señal, y me adelanto. Agustina me habia adivinado. Se ruboriza, pero luego recobra su aire amable y cariñoso, y me dice:

—¿No se atrevia usted á presentarse?

—¡Hubiera sido tan desgraciado si me hubiera usted recibido mal!...

Por toda respuesta me alarga la mano, que estrecho entre las mias, y Julieta exclama:

—¡Mal recibido y traído por mí!... ¡hubiera sido gracioso!...

He encontrado á Agustina tan amable como antes; Julieta quiere que nos enseñe la casa, y yo las sigo dichoso con estar al lado de Agustina.

La casa es bonita, el jardin grande, hay praderas, hermosas alamedas y un bosquecillo sombrío y frondoso, donde se debe descansar muy bien.

Julieta se queda con Agustina, y á mí me invitan á volver otro dia, lo que hago al dia siguiente; sino que en vez de tomar un cabriolé, entro en el coche de San German, bajo en Marly y estoy en seguida en Luciennes.

Ya me esperaban para el desayuno; ¡qué contento estoy! La lectura, la música, el paseo, todo es placer con ella; sólo que este dia se pasa volando, y ¡tengo que irme! ¡ojalá pudiera quedarme!..



Julietta adivina sin duda lo que deseo, pues cuando hablo de marcharme me dice:

—¿Y cómo se va usted á ir?... ¿Tiene usted coche?

—No, señora; tomaré asiento en el coche de Marly.

—¿Y si no lo hay?

—Me iré á pié.

—Me parece mejor que se quedé usted.

Miro á Agustina, que tiene los ojos bajos, y responde tartamudeando:

—Pero... quedarse aquí... entonces sí que dirá el mundo.

—El mundo, el mundo... no te atromentes por el qué dirán; ¿no eres dueña de tus acciones? Y además, ¿no estoy yo aquí también?... Caballero, se quedará usted... y desde hoy responderá de nosotras.

¡Querida Julieta! si pudiera la abrazaría.

La criada recibe orden de prepararme una habitación. Voy á dormir bajo el mismo techo que ella. Este pensamiento es delicioso.

Ya soy de la casa, y mi alegría distrae á las señoras; pero por las noches, lo mismo en el juego que en la música, todo lo trabuco, porque mi felicidad me tiene siempre distraído... y ¡cómo dormir sabiendo que está ella tan cerca!...

Me levanto con la aurora y me voy á pasear por el jardín, con la esperanza de encontrar sola á Agustina, que hasta ahora está siempre acompañada de Julieta.

Efectivamente, veo á Agustina entrar en el jardín, corro á reunirme con ella y la manifiesto mi alegría por vivir bajo el mismo techo que ella; pero apenas hablamos dos minutos cuando llega Julieta.

Julieta es muy buena, muy amable; pero no debia ser tan madrugadora.

Despues de salir á paseo, las señoras trabajan y yo soy su lector, cargo que desempeño á veces bien, á veces mal, pues cuando los ojos de Agustina se fijan en los míos me embrollo y no sé lo que digo.

Los dias y las noches pasan rápidamente en casa de Agustina, y las ocasiones que yo creia tener para hablarla no se presentan. Parece que teme el estar sola conmigo...

¿Comprende que no podria resistir?... ¿No pasará de esa prueba de amor?...

Si no me atrevo á quejarme, al ménos suspiro con frecuencia. ¿Adivina ella la causa?

Como me voy poniendo triste, Julieta me amenaza con despedirme.

Todos los dias me levanto muy temprano, pero ellas bajan juntas al jardín. Hoy he sido más perezoso, me he levantado tarde, y me dirijo á un lindo bosquecillo, predilecto de Agustina! ¡Cielos! ¡ella está en él y sola!...

Corro á sentarme á su lado; quiere levantarse y yo la detengo, diciéndola:

—¿Por qué privarme de una dicha por la que

suspiro hace tanto tiempo? ¿Por qué huir de este momento en que puedo decirle á usted que la amo... que la adoro?...

—¿No le basta á usted que yo lo sepa... y lo crea?...

—No... cuando se ama ardientemente, eso no basta... y cuando la veo á usted huirme constantemente, casi estoy por creer que mi presencia la cansa...

—Usted no cree lo que dice, Pablo; porque le he dejado á usted leer en mi corazón... y este corazón no sabe fingir...

—El sentimiento que usted me ha inspirado es quizá criminal... pero ya que no he tenido fuerzas para ocultárselo á usted, no le privaré de la seguridad de ser amado.

—¿Luego es cierto... que me ama usted?

—Sí, le amo... pero no me haga usted más culpable... la seguridad de que su imagen estará siempre grabada en mi alma, debe bastarle á usted.

—¿Me ama usted?... ¿y quiere que esa idea no abraza mis sentidos? ¿que no desee tener una prueba más evidente?...

—¡Ah! amigo mío, lo que usted desea no es siempre una prueba de amor... ¿Por qué quiere usted que sea completamente culpable?

—¿No es usted libre y dueña de sus acciones?...

—Pablo, no quiero oír á usted más.

Me huye, pero está conmovida, enternecida.

Una voz secreta me dice que no me huirá siempre. Esperemos.

Ya hace un mes que vivo en el campo, y en ese tiempo he ido cada dos ó tres días á Paris á dar una vuelta y hacer los encargos de aquellas señoras.

Dejo á Paris, donde he sabido por Dubois grandes novedades, y me vuelvo á Luciennes.

Las señoras están en el jardin, y Agustina al verme observa que estoy agitado, preocupado.

—¿Qué tiene usted? me dice en voz baja. ¿Ha recibido usted malas noticias de su padre?

—No, señora... no se trata de mí...

—Pues usted tiene algo... bien lo veo...

—Sí... pero no sé cómo decírselo á usted.

—Hable usted.

—El señor Jenneville.

—¿Qué?

—Está preso.

—¡Preso!

—¡Por deudas! Debe más de ciento veinte mil francos, y parece que no puede ofrecer nada á sus acreedores.

—¡Preso mi marido!...

Quédase pensativa un momento, y me dice:

—Espéreme usted aquí...

Y se aleja vivamente en direccion á la casa.

—¿Qué irá á hacer? Me paseo lentamente por el jardin.

Julietta se ha quedado en el bosquecillo.

Al poco rato vuelve Agustina con una carta en la mano, y llevándose aparte, me dice:

—Amigo mío, espero que me dé usted otra nueva prueba de su sincera adhesión... Mi caudal no es considerable... pero sacrifico gustosa la mitad por libertar al señor de Jenneville... ¡Ah! si fuese preciso daría cuanto poseo, porque la riqueza no proporciona la felicidad... Ahí tiene usted una carta para mi notario, en la que doy á usted plenos poderes para terminar este asunto... No quiero que ignore que soy yo quien le devuelve la libertad... porque aunque me cree culpable, verá que no está extinguido en mí todo sentimiento generoso... Encargo también á mi notario que le diga, que le entregaré una pensión anual de mil escudos...

¡Qué mujer! estaba seguro de que se portaría así.

—Amigo mío, le ruego á usted que lo arregle todo pronto...

—Déme usted la carta, y ahora mismo me voy á Paris, y no volveré hasta dejarlo todo terminado.

Ya en Paris, corro á casa del notario, que me promete pagar á los acreedores; y por fin, al cuarto día, éste me anuncia que Jenneville está en libertad y que sabe cuánto debe á su esposa.

Tomo los papeles y salgo en seguida para Luciennes; me parece que Agustina quedará contenta.

Las dos amigas están en el salón.

—¿Y bien, amigo mio?

—Aquí están todos los recibos, señora... el señor Jenneville está libre.

Al tomar Agustina los papeles, me estrecha suavemente la mano, y sus ojos me dan gracias con más ternura aún, mientras que Julieta murmura:

—¡Qué cosa tan divertida es un marido que arruina á su mujer!...

Lejos de alterar el humor de Agustina este acontecimiento, parece más contenta y alegre, y está más tierna y cariñosa conmigo.

Hace dias que Julieta anuncia su próximo regreso á Paris, y yo deseo y temo ese momento.

¿Me permitirá Agustina habitar en su casa cuando su amiga se vaya?

No, se despide tambien de mí al mismo tiempo que de Julieta; pero me invita á ir á verla algun dia.

.....

Agustina está en el jardin y ahora puedo hablarla á solas; esta idea me conmueve, y al saludarla, me parece que ella participa tambien de mi emocion.

Me siento á su lado, bajo aquella fresca sombra donde hace seis semanas estuvimos tambien juntos; ¡pero hoy me parecen aún más deliciosos aquellos bosquecillos! ¡Ah! el campo es el sitio más á propósito para el amor. Si aquí no triunfo de Agustina, no será nunca mia.

Ya he pasado dos horas con ella hablándola solamente de mi amor; muchas veces me ha interrumpido y querido cambiar de conversacion, pero yo siempre vuelvo al mismo tema, y aunque me riña, veo bien que no está enfadada de oirme.

Llega la hora de comer, y quiere que coma con ella para irme en seguida.

—No se ofenda usted por que no le invito á quedarse como cuando estaba Julieta... ¿Qué pensarían?... ¿Qué tendrían derecho á decir?

Comprendo que tiene razon; pero no quiero convenir en ello, y apresuro la comida, porque delante de la criada no puedo hablar de amor.

Despues de comer salimos á dar un paseito por el jardin.

Agustina se apoya en mi brazo, y paseamos un rato. No digo nada, y sin embargo, mi silencio es muy elocuente.

—¿Y su padre de usted no le escribe?...

—Me ha escrito... hoy mismo he recibido carta suya.

—¿Y qué le dice á usted?... ¿Le riñe?...

—No... me dice que vaya á verle...

—¿Y por qué no va usted?... Unos dias...

—Es que no pide unos dias... Quiere... vamos...

—Acabe usted...

—Quiere casarme...

Agustina se estremece y suelta mi brazo; sin embargo, esforzándose por aparecer tranquila, me dice:

—¿Le ha buscado á usted esposa?...

—Así me lo dice al ménos.

—Y... ¿cómo es?...

Por toda respuesta le presento la carta de mi padre, que ella toma y se sienta á leer en un banco de cespéd. Yo me siento á su lado, y sin volverse á mirarme me entrega la carta, diciendo con voz ahogada:

—Debe usted marchar... y casarse con la que le destinan.

—¡Partir!... ¡Separarme de usted... jamás!...

Entonces vuelve la cabeza hácia mí, y me mira con ternura, diciendo:

—Pero considere usted que esa mujer es jóven... bella...

—Para mí no hay más que una mujer en el mundo.

—Recuerde usted que lazos indisolubles... Yo no puedo ser esposa de usted...

—Sea usted mía por su corazón, por su voluntad, y feliz con su amor no tendré nada que desear...

Estoy á sus piés, y no me rechaza; tomo su mano, la cubro de besos, estrecho su talle, busco en sus labios otro premio más delicioso; ella apenas puede defenderse, apoya el rostro en mi hombro queriendo evitar mis caricias, y ya voy á ser dichoso, cuando llega hasta nosotros la voz de la criada, que se acerca cada vez más.

Me separo de ella procurando reponerme y



maldiciendo este contratiempo, y Agustina se levanta y da algunos pasos hácia la criada, que se presenta.

—¿Qué quieres?... ¿qué sucede?...

—¡Ay! señora, ha llegado un hombre de Paris... un señor... que quiere hablar con usted á todo trance...

—Alguna visita enojosa... añado en voz baja; que diga que no está usted en casa.

Agustina me estrecha la mano, diciéndome:

—No, amigo mio... ¿qué pensaria esta muchacha?... ¿pero quién será?... Mariana... ¿qué figura tiene ese señor?...

—Señora, es un caballero bien vestido... Con cierto desenfado, me preguntó: «Está tu ama en casa?...» Si, señor; está en el jardin. «Bueno, voy á buscarla...» Luego me dijo: «No... vale más que la digas que estoy aquí, porque si está acompañada no quiero molestarla.» Y se sentó en un sillón, extendiendo las piernas como si estuviera en su casa.

Agustina se turba...

—¿No le ha dicho á usted su nombre?

—Sí, señora; me dijo que se llamaba señor de Jen... Jen... ne... ville...

Agustina se estremece, y exclama:

—¡El! ¡lo habia adivinado!... ¿qué viene hacer aquí? ¿qué me quiere?... Dí que voy en seguida... pero no hay necesidad de decir si estoy sola ó acompañada.

La criada se marcha, y Agustina exclama sollozando:

—¡Quién me había de decir que algún día temería la visita de mi esposo!... ¡Ah! Pablo, soy muy culpable, pero él lo ha querido.

—Tranquilícese usted. Jenneville no vendrá más que á dar á usted gracias por lo que usted ha hecho por él.

—Vamos, amigo mio, es preciso separarse... salga usted por esa puertecita que da al campo.

—¿Por qué quiere usted que me vaya?... Tal vez no sea larga la visita de Jenneville, y podría quedarme en el jardin.

—No, no tendria fuerzas para hablar... si supiera que estaba usted aquí... váyase usted... se lo ruego... me estremezco á la idea de que pueda encontrar á usted... Aquí está la puerta... Adios, amigo mio... adios.

—¿La verá á usted mañana?...

—Sí, sí...

Abro la puerta que da al campo, estrechó la mano de Agustina, voy á alejarme; pero ella me detiene, me alarga de nuevo aquella mano querida, y me dice vertiendo lágrimas:

—Adios, amigo mio... se me figura que es por la última vez...

La estrecho contra mi corazon; pero ella recobra su valor, se escapa de mis brazos, y la puerta fatal se cierra entre nosotros.

—¿Qué me habla de decir que algún día se  
 mere la visita de mi esposo...? ¡Mi marido  
 muy caprichoso, pero el la ha querido.  
 —¡Terrible cosa, usted! ¡Jenneville no vendrá  
 más que á hacerle el mal por lo que usted  
 ha hecho por él.  
 —Vamos, cuánto más es preciso espere  
 usted usted por sus puercos, que la su campo.  
 —Por... Tal  
 vez no sea para la visita de Jenneville, y podría  
 pedarme en el jardín.

### CAPÍTULO XIX

#### El marido en casa de la mujer

A pesar de que sus negocios no van ya bien, pues Herminia, cambiando de sistema, le exigia ahora constantemente dinero, salió por fiador de ella, y como Jenneville era un hombre desarreglado y que detestaba la economía, despues de la estafa de Blaguart procuró por medio del juego recuperar lo perdido, y vendió cuanto tenia... y pidió luego prestado.

Pocos dias despues de salir fiador de Herminia, le pidió le prestara diez mil francos; pero ésta le volvió la espalda sonriendo con desprecio. Entonces empezó á dudar del amor de Herminia, y al dia siguiente, al saber que se habia marchado de Paris con un jóven extranjero, comprendió que habia sido juguete de una vil cortesana.

Preso á peticion de Jolivet, maldecia á todas las mujeres, y al recordar á su esposa, tenía que

confesarse á sí mismo que valia mil veces más que la señora de Remondo, y que si recurria á ella no le dejaria en aquel apuro. Pero era orgulloso y no queria implorar á la mujer que habia abandonado.

Cuando estuvo libre y supo que su mujer, además de haber pagado sus deudas, le señalaba una pension de tres mil francos, se decidió ir á ver á su mujer al campo, donde le dijeron que estaba.

Agustina, conmovida y anhelante, entró con paso inseguro en el saloncito del piso bajo, donde la esperaba su marido negligentemente reclinado en una butaca. Al verla entrar la hizo un amable saludo, diciéndola:

—Ruego á usted que me perdone si la he incomodado... ¿La sorprende á usted mi visita?

—Sí... lo confieso; estaba muy lejos de esperarla...

—No me creia usted bastante cortés para venir á darla las gracias, despues de lo que ha hecho por mí.

—No he hecho más que mi deber.

—Eso es sublime, señora... pero si tomara usted asiento, hablaríamos mejor... á no ser que la espere á usted alguien.

Agustina se sienta, y Jenneville continúa:

—Decia, pues, que si no hubiera sido por usted, quién sabe el tiempo que hubiera estado preso; pues ni mis amigos, que me han ayudado á arruinarme, ni las coquetas que me han enga-

ñado, me hubieran sacado de la cárcel. ¡Ah!... las mujeres las aborrezco... ¡Arruinado en tan poco tiempo!... Pero lo que no puedo admitir es que además de despojarse de la mitad de su fortuna, me señale una renta... que la hará á usted sufrir privaciones.

—¡Cómo!... ¿rehusa usted?...

—Vivir á costa de usted... cuando en otro tiempo la abandoné...

—No hablemos del pasado... y ruego á usted admita lo que puedo ofrecerle.

—No hay más que un medio de hacerme aceptar sus beneficios sin avergonzarme.

—¿Y cuál es? Desde luego me avengo.

—Cuidado, señora, que podría usted luego arrepentirse... Pero vamos al asunto... Mientras que hemos vivido separados, cada cual ha hecho lo que ha querido... nada más justo... usted se ha aprovechado de la libertad que yo la devolví...

—Convengo en que las apariencias...

—Repito á usted, amiga mía, que no hablemos de eso... usted quiere ahora señalarme una pension... yo no puedo recibirla... pero sí puedo reunirme de nuevo con usted, y entonces, vuelve todo á ser comun entre ambos. Sin embargo, si esta proposicion no le conviene á usted... entonces saldré de Francia, me expatriaré... y me iré bajo otro cielo á tratar de rehacer la fortuna que con tanta rapidez he derrochado, ó á morir ignorado en cualquier rincon de la tierra...

—¡Expatriarse!... ¡Oh!... no, señor, no... Pero creo que le sea á usted difícil vivir contento á mi lado... A usted le agrada el bullicio... los placeres... Se violentaria usted por no desagradarme... y se haria usted infeliz...

—Querida Agustina, está usted en un error... á su lado de usted no echaré de ménos la vida que he llevado, porque la aborrezco... Sólo siento haber sido engañado por intrigantes y despojado por coquetas... Mi resolucion es invariable... Vea usted lo que quiere hacer... pero la suplico que sólo haga lo que la convenga...

Y diciendo estas palabras, Jenneville se levanta y da algunos paseos por el salon, mientras que Agustina, vivamente conmovida, se adelanta hácia él y le dice con voz temblorosa:

—Soy su esposa de usted... y cualquiera que sea la opinion que de mí haya usted formado, no lo he olvidado jamás; por consiguiente, debo estar siempre pronta á cumplir la voluntad de usted...

—En ese caso no hay más que hablar... vuelvo á Paris á arreglar mis cosas, y mañana vengo á instalarme aquí...

—¿Aquí?... Yo pensaba regresar mañana.

—Como querais... Tendré, pues, en Paris el gusto de ir á buscar á usted... Adios, querida amiga.

Y tomando la mano de su mujer, que besa cariñosamente, sale con desenfado de la casa. Agustina le mira alejarse, y cae en el sillón, dando libre curso á las lágrimas que la ahogaban.

CAPÍTULO XXV

Una amiga y un amigo

Sumamente inquieto regresé á Paris por los resultados que pudiera tener la visita que Jenneville habia hecho á su esposa: estaba alarmado, tanto por Agustina como por mí mismo: aquella noche dormí mal, y no se me quitaba de la imaginacion el resultado que pudiera tener la entrada de Jenneville en casa de su mujer.

Me levanté y me puse á escribir á mi padre; pero no pude coordinar dos frases que tuvieran sentido comun: desgarré la carta y me preparé á salir, pero en aquel momento mi portera se me presentó entregándome una carta que acababan de traer para mí; reconocí la letra de Agustina y vi que decia el sobre: «Urgente.»

Entró en mi despacho, rompo el sobre, y leo lo siguiente:

«Amigo mio: los presentimientos rara vez en-

gañan: la tristeza que sentí ayer al despedirme de usted, parecía advertirme que era la última vez que debía verle y hablarle: mi esposo, el señor Jenneville, es desgraciado y vuelve á unirse á mí; como usted comprende, una barrera insuperable se levanta entre los dos. Así es que deseo que no nos volvamos á ver, tanto como antes deseaba verle á usted; no sé por qué, me considero feliz con la vuelta de mi esposo. Nuestro amor no fué más que un sueño, que no debía realizarse. Olvídele usted y sea feliz. ¡Adios para siempre! AGUSTINA.»

Mil veces leí la carta; me parecía todo un sueño, habia perdido en un momento la esperanza de poseer á Agustina; loco de furor, arrojé la carta al suelo, tiro los muebles, los destrozo; en fin, estaba loco: al ruido entra el portero, y me dice:

—¿Qué pasa? ¿está usted malo? ¿quiere usted que vaya á buscar al médico?

Estas palabras de mi portero me hicieron volver en mí y abochornarme de la violenta escena de que le habia hecho testigo; me tranquilicé, y le pregunté quién habia traído la carta.

—La ha traído un mandadero, que no parece ser de Paris.

—Está bien, le contesté; vaya usted á buscar un coche.

Pocos momentos despues tenia á la puerta de mi casa el cabriolé que habia pedido.

—A Luciennes, dije al cochero; á escape, te pagaré lo que quieras por la carrera.



El coché marchaba con rapidez, pero los segundos se me hacían horas; así es que al llegar á Bougeval me apeé, pensando que á pié llegaría antes.

Entro en la casa, me dirijo al jardín, donde pensaba encontrar á Agustina, sin oír á la vieja jardinera que me grita:

—La señora se ha vuelto á Paris.

Esta noticia me desconcertó por completo.

Vuelvo á tomar mi carruaje, y grito al cochero:

—A Paris, ligero como el viento.

—Señorito, haremos lo que podamos; pero le prevengo que el caballo está muy cansado.

No bien llegué á Paris, dejé el carruaje y me dirigí á casa de Agustina; entré temblando en el portal y me dirijo al portero.

—¿La señora de Luceval ha vuelto ya del campo?

—Sí, señor, ha vuelto esta mañana; pero permítame usted que le diga que la señora se llama hoy la señora de Jenneville, porque parece ser que hoy debe llegar su marido, que estaba ausente, y que la señora no es viuda como todos creíamos. Tambien debo decirle que la señora Luceval me ha llamado, y me ha dicho en tono muy sério: «No estoy para las personas que pregunten por la señora de Luceval, y sí para las que vengan á ver á la señora de Jenneville...» De manera que si usted pregunta por la señora de Luceval, no está en casa.

Aquella orden dada al portero, parecía estar dictada para mí; salí apresuradamente de la casa

y entré en la mia loco de dolor. No sé cuánto tiempo he pasado absorto en mi pena; pero de pronto reanimándose mi espíritu abatido, me acordé de Julieta, Julieta que me quiere como á un hermano y que aborrece á Jenneville.

Julieta me recibe con cariño, y alargándome la mano, me dice:

—¡Pobre jóven!

En esta acogida y en el suspiro que deja escapar, conozco que sabe todo: no tengo fuerzas para hablarla; me siento junto á ella, y le presento la carta de Agustina, cubriendo mis ojos con el pañuelo.

Después de leer la carta, me toma la mano y la estrecha entre las suyas, diciéndome:

—Cuanto más veo hasta qué punto la amaba usted, más cólera siento pensando que es Jenneville quien sacrifica á usted... Sin embargo, no podemos censurarla... es su marido, y es desgraciada... A pesar de eso, yo confieso que no hubiera tenido tanta virtud... «Amigo, le hubiera dicho, me dejaste cuando te amaba, vuelves cuando ya no te quiero. Ahí tienes una pension, y cada cual en su casa y Dios en la de todos.»

—¿Por quién ha sabido usted el acontecimiento?

—Por Agustina misma... apenas llegó á Paris esta mañana, me lo escribió, y yo fuí en seguida á su casa para tratar de hacerla cambiar de resolucion... Pero me dijo que estaba resuelta, que no debía vacilar ante su obligacion, y que su solo

deseo ahora era vivir lejos del mundo, de París, en un profundo retiro, y saber allí que era usted dichoso.

—¡Dichoso no viéndola!... ¡Ah! señora, eso es imposible... mi pasión por ella será el tormento de mi vida.

—Querido Deligny, el tiempo es un gran médico... cura enfermedades que al pronto parecen incurables... y no es poca fortuna. La suerte se ha equivocado no haciendo á usted marido de Agustina; pero se engaña con frecuencia cuando se mete á casamentera... Sin embargo, es preciso resignarse, porque usted conoce á Agustina como yo, y debe usted saber que cumplirá lo que ha resuelto...

—Sí, es verdad; pero ¿por qué rehusa verme?

—Naturalmente, porque unida á su marido, no quiere que éste tenga motivo para reprocharle la menor cosa.

Más consolado, dejo la casa de Julieta y me vuelvo á la mía; los días me parecen siglos, no puedo acostumbrarme á no verla. Así se pasan muchos días; en el único sitio donde yo encuentro consuelo, es en mi propia habitación, porque en ella la había visto, porque ella había hollado aquella alfombra y se había sentado en aquellos muebles... ¡Ah! sobre aquel canapé me confesó que me amaba; nunca dejaré esta habitación, que me trae tan gratos recuerdos.

---

---

## CAPITULO XXVI

### La posada del Sol de Oro

Han trascurrido tres meses desde que Agustina me escribió la noticia de haberse unido á su marido. Durante estos tres meses, Dubois no se ha separado un solo instante de mí: á toda costa quiere hacerme olvidar mi amor; con él he ido á muchas reuniones, donde he visto mujeres muy hermosas, he fingido amarlas para aturdirme... tanto que Dubois, loco de gozo, exclamaba:

—Chico, eres mucho más veleta, más inconstante que yo.

Mi padre me ha escrito otras tres cartas, diciéndome que no comprende mi conducta. En todas ellas empieza riñéndome y diciéndome que no soy digno de la dicha que me reserva, y que no quiere verme más. A la mitad de la carta se va apaciguando poco á poco, y concluye pidiendo-

me vaya á abrazarle, y deje cuanto antes á Paris.

Yo he contestado á la carta de mi padre con otra muy respetuosa, prometiéndole ir pronto.

Hace diez dias que no sé de Agustina, pues aunque he estado en casa de Julieta, ésta habia salido; cojo mi sombrero y voy á verla, teniendo la dicha de encontrarla; pero sus facciones no tienen su alegría habitual, una nube oscurece su frente, y no me deja tiempo de preguntarla, sino que me dice:

—Sé que ha estado usted ayer y antes de ayer á verme; pero cuando usted ha venido á mi casa, estaba yo precisamente en la de Agustina.

—¿Qué ha sucedido? ¿por qué está usted triste, Julieta?

—No es nada, tranquilícese usted; siéntese y oígame: no es mal humor, es rabia lo que tengo al ver á Agustina tan buena, tan digna de ser feliz, unida á un hombre como Jenneville.

—¿Pues qué, Jenneville la hace desgraciada?... ¿se ha atrevido tal vez á maltratarla?

—No, querido amigo. Jenneville, al volver á su casa á reunirse con su mujer, quiso, y en esto hizo mal Agustina, administrar el caudal de su esposa; pues bien: aturdido con las pérdidas que anteriormente habia tenido, pensó rehabilitar su fortuna jugando á la Bolsa, y allí, á tontas y á locas, unas veces al alza, otras á la baja, ha perdido en poco tiempo 70.000 francos; esto es, la mitad de la fortuna de Agustina. Entonces ha

tenido la franqueza de decirle á su esposa: «En adelante, señora, no me deje usted disponer de lo que la queda, porque es tal mi desgracia, que la reduciré á usted á pedir limosna.» Usted conoce á Agustina: ni una queja ni una reconvencion ha salido de sus labios; al contrario, le ha contestado «viviremos con economía;» y para empezar á poner en práctica su plan, dejan la casa de Paris, han alquilado la de Luciennes, y se van á vivir á Beauce, donde tiene una casa pequeña en aquella miserable aldea. Agustina ama á usted; pero no quiere faltar á sus deberes, y me ruega le pida á usted un sacrificio: quiere que la olvide usted, y el mejor medio es que se case usted, que cumpla las órdenes de su padre.

—Pues bien, señora... ya que ella lo desea, satisfaré sus deseos, obedeceré á mi padre... Ese matrimonio será mi desventura... pero ella lo ha querido.

Dubois, al volverme á ver, me preguntó qué me habia acontecido; entonces le referí la verdad.

—Amigo mio, me dijo, cástate, obedece á tu padre. Y bien pensado, éste tiene razon; has disipado en Paris las cuatro quintas partes de tu fortuna. El casamiento y el viaje concluirán por curarte tu pasion caballeresca; y para que veas que yo soy tu verdadero amigo, marcharemos juntos.

Mucho me alegra esta determinacion de Dubois, pues mi padre me habia rogado lo llevara conmigo cuando volviera á casa.

Llega el día señalado para la marcha, y Dubois es puntual: antes de las ocho está en mi casa con su maleta debajo del brazo y diciendo:

—Conque ¿nos vamos?...

—Al momento...

Tomamos un coche, que nos conduce á los carruajes de Epernon, donde ya nos esperan para partir.

Al fin llegamos á Beauce.

—¿Qué pueblo es este? preguntamos á nuestro guía al divisar uno á lo léjos.

—Es Hauches, un pueblo grande, muy bueno.

—¿Hay alguna buena posada?

—Sí, señor; la del Sol de Oro: es muy buena, y sobre todo tiene una posadera muy bonita.

Al oír estas palabras, Dubois exclama: «Chico, lo que es hoy no llegamos á Chartres; vamos al Sol de oro; creo que es lo más acertado, porque el tiempo se ha metido en agua y yo tengo un apetito descomunal.»

Un cuarto de hora despues entramos en la posada del Sol de Oro.

Apénas hemos entregado las maletas, sale el posadero á recibirnos con su gorro y mandil blanco.

—Deseamos una cama y una buena cena; ¿qué puede usted darnos para cenar?

El posadero, sonriéndose, nos dice: hé aquí mi mujer, que podrá contestarles á ustedes, pues ella conoce mejor que yo lo que hay en casa.

Una jóven sale del comedor en aquel momento, y se dirige hácia nosotros; pero cuál no sería mi asombro al reconocer en la posadera á Niní, mi pasamanerita. Lanzo un grito de sorpresa, Dubois otro y Niní una exclamacion de alegría.

—¡Es Niní, señor Pablo!... la amiguita de Carlota... ¡Ay! ¡qué contenta estoy!... Abrácame usted...

Accedo á tan cariñosa invitacion; Dubois hace otro tanto, y mientras que nosotros abrazamos á la posadera, el marido exclama:

—¡Calla!... estos señores conocen á mi mujer. ¡Cuánto me alegro!...

—Seguramente que conocemos á su mujer de usted, responde Dubois; y hace mucho tiempo... Este señor, amigo mio, es su padrino...

—¿Su padrino?...

—Si no lo lleva usted á mal...

Niní sonrie á la idea de Dubois, y me dice:

—¿No esperaba usted encontrarme posadera en Hauches?

—No, por cierto... si bien recuerdo que me anunció usted su futuro matrimonio con un tal señor Benigno, oficial de pastelero...

—Aquí está... es mi marido...

El señor Benigno se quita su gorro de algodón, me saluda hasta el suelo, y me dice con los ojos bajos y tono respetuoso:

—Sí, señor... yo soy Benigno, que he tenido la dicha de casarme con su ahijada de usted... por lo cual me atrevo á decir... que me felicito todos los



días... si tuviera que hacerlo... y espero igualmente que usted estará satisfecho de su eleccion... que yo procuraré justificar... ¿Me permite usted?...

Y Benigno viene á abrazarme. Dubois le retira de mis brazos para estrecharle en los suyos, mientras Niní me mira con aire malicioso; observo que el matrimonio ha dado una expresion más picaresca á su fisonomía.

—Querida Niní, la digo, doy á usted la enhorabuena por su matrimonio, y estoy seguro de que su esposo la hará muy feliz.

A este cumplimiento vuelve á abrazarme el señor Benigno; pero Dubois le retiene por el mandil, mientras que Niní responde:

—Sí, señor... es muy buen chico... hace todo lo que quiero... Hemos venido á establecernos en este pueblo, porque esta posada era de un tío de Benigno, que se la ha cedido, y nos va muy bien... Benigno trabaja bien de pastelería... Nuestros pastelillos tienen mucha fama...

—Sí, señores... y ahora haré un *volauvent* para el padrino de mi esposa... Como la pastelería ha sido siempre mi especialidad, cuando tomamos esta posada, queria cambiar la muestra, y en lugar del Sol de Oro, poner el *Volauvent* de Oro; pero mi mujer no quiso...

Niní interrumpe esta conversacion haciéndonos entrar en una sala del piso bajo, y ordenando á su marido que nos traiga vino del mejor; y mientras que Benigno corre á la bodega, y la cria-

da trae vasos, Niní me mira, sonríe, y exclama de tiempo en tiempo:

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan particular! ¡Qué casualidad!... el mismo día en mi posada... ¡Ah!... Pero usted me ha alegrado más...

Voy á pedir á Niní explicacion de estas palabras, cuando vuelve el señor Benigno con tres botellas diferentes. Destapa la del lacre verde, diciendo:

—Prueben ustedes este... los tres son famosos... ustedes elegirán...

—Beberemos de los tres, dice Dubois.

Probamos el del lacre verde, luego el del rojo, luego el del amarillo; Benigno no nos perdona nada, asegurando que está contentísimo de tener en su casa al padrino de su esposa. Entre tanto, Niní me toma la mano, diciendo:

—Ahora vendrá usted á ver la casa, el huerto, el corral...

—Con mucho gusto.

Al oír esto Dubois, se sienta á la mesa con Benigno, y dice:

—Entre tanto, nosotros decidiremos entre los tres vinos... aunque creo que el mejor es el amarillo... Creo, señor Benigno, que dejará usted á su esposa que enseñe la casa á su padrino...

—¿Hombre, quiere usted callar? Sería injuriarme; gracias á Dios sé lo que es mi mujer y tengo gran confianza... Vé, mujercita mia, y enseña la casa á tu padrino.

No habia esperado Nini el permiso para enseñármelo todo, cuando ya estábamos los dos en el jardin.

—¡Qué contenta estoy que haya usted venido á mi posada. ¿Pero, á que no adivina usted quién está tambien?

—Dímelo tú, pues yo no lo adivino.

—Pues está el señor Adolfo... Jenneville, que viaja en silla de posta con una señora. ¿Pero qué le pasa á usted? ¿se pone usted malo? me pregunta con interés.

—No, no es nada, querida.

Lo que acabo de saber me causa una emocion que no puedo dominar. La idea de que todavía estoy cerca de Agustina, renueva todos mis tormentos, todos mis dolores.

—¿Dónde están ahora? pregunto á Nini.

—En una de las habitaciones del piso principal, donde se les está sirviendo en este momento la comida.

—¿Piensa usted, Nini, que nos habrán visto entrar en la posada?

—No, señor, porque las ventanas de su cuarto dan al huerto.

—Nos dará usted una habitacion que esté situada precisamente en el otro extremo.

—Bueno, una habitacion con dos camas; precisamente lo mismo ha pedido el señor de Jenneville.

—Pero antes, querida, tienes que hacerme un

favor. Después de comer ese señor bajará al jardín; es necesario que des este papel á la señora... nada temas, los maridos son siempre cortos de vista.

—Ya lo sé, contestó sonriendo la linda posadera.

Yo, entre tanto, saqué mi cartera, tomé un papel y lápiz, y escribí lo siguiente:

«La casualidad me ha conducido á este sitio, que no dejaré sin dar á usted el postrer adios... Espero esta gracia en recompensa de mi obediencia á su último mandato... Esta noche, cuando su esposo de usted duerma, en la sala baja la espero; nuestra entrevista tendrá lugar en presencia de la dueña de la posada, persona de la que me puedo fiar y que usted reconocerá sin duda... Si se niega usted, es que nunca me ha amado.»

Entregué el papel á Niní, que colocándoselo en su seno, me dijo:

—Pierda usted cuidado, que lo recibirá.

Antes de comer, pongo al corriente á mi amigo del encuentro que he tenido, mejor dicho de la noticia que me ha dado Niní, de estar Agustina con su marido en la posada, y que la habia escrito dos líneas, pidiéndole una entrevista.

—Esa maldita casualidad nos fastidia, dijo Dubois; que el demonio cargue con Jenneville y su mujer: ¿qué necesidad tenían esos condenados de venir á esta posada para trastornarte la cabeza

otra vez? Piensa en que te vas á casar, y no vuelvas á acordarte de semejante mujer.

El posadero vino á anunciarnos que la comida estaba dispuesta. Nini en persona se empeñó en servirnos, y con disimulo me dió á entender que mi billete habia sido entregado. A los postres, hice que el posadero se sentara á la mesa con nosotros, y á fuerza de apurar botellas, Dubois y el señor Benigno empiezan á embrollarse en sus ideas, y por fin logro que se vayan á la cama.

Nini, so pretexto de ver si se ofrece algo á los viajeros, se queda; entonces me dijo que habia entregado el papel, que la señora le habia preguntado si estaba yo en la posada; pero que no sabia si acudiria á la cita ó no, porque en esto llegó el marido, y ella, para no ser sorprendida, se marchó del cuarto.

Con esta zozobra y entre la duda de si vendria ó no, esperé en la habitacion baja. Por fin, á las once, sentí pasos en el corredor; mi corazon late, es Agustina.

Viene sin luz, y sin embargo ha apresurado el paso.

A mi aspecto parecen abandonarla las fuerzas, la sostengo entre mis brazos, la conduzco á la sala, la hago sentar, y tomo asiento á su lado: Nini sale diciendo:

—Voy á vigilar para que no tengan ustedes temor...

Hace ya algunos momentos que estamos jun-

tos, y aún no hemos pronunciado una palabra. Yo tengo entre mis manos las de Agustina; ella inclina la cabeza sobre el pecho, y vierte lágrimas, que veo tristemente correr.

—Ha querido usted verme, dice al fin, y aquí estoy... no he creído deber negar á usted este ligero favor...

—¡Ligero favor puede usted llamar al placer que siento de encontrarme á su lado!... ¡Querida Agustina!... ¡Ah! perdon, señora... ya sé que no debo llamarla á usted así...

—No... ahora ya no soy libre... ¡Ay de mí!... nunca lo he sido, y si me hubiera acordado de ello, sería hoy más dichosa...

—¿Cómo usted puede reconvenirse?... ¿No ha sido usted siempre fiel al hombre que la abandonó?... ¿que sólo vuelve á usted cuando?...

—Señor Deligny, no se olvide que es mi esposo.

—¡Ah! demasiado lo sé... pero no me impedirá adorar á usted... Sí, señora... aunque jamás he obtenido la recompensa de este amor, que ha sido mi tormento, amaré á usted sin cesar, no la olvidaré nunca... ¡Oh! no se ofenda usted, no se aleje de mí... piense usted que es la última vez que la veo, que puedo decirle que la amo... y que el favor de hablarla á usted de mis sentimientos, es el único que siempre me ha concedido usted...

—Si me hubiera figurado que iba usted á hablarme así, no habría venido á esta cita... ¡Para

qué renovar nuestras penas?... ¿Quiere usted que sea todavía más desgraciada?...

Y llevó el pañuelo á sus ojos. En este momento suena ligero ruido en el corredor. Agustina se estremece y me dice:

—Me parece que oigo pasos... ¡Dios mio! si el señor Jenneville me hubiera oido bajar...

—No tema usted... ese ruido le habrá hecho la posadera, que vigila por aquí cerca... puede usted estar tranquila... No turbe el temor nuestra dicha, querida Agustina... ¡Qué diferencia de esta entrevista con la última de Luciennes!...

—¡Ah! calle usted, se lo suplico... no recuerde usted esos momentos, que no deben volver.. ¿Va usted al lado de su padre y á casarse?...

—Sí... usted lo ha deseado... y quedará satisfecha... pero no crea usted que ese himeneo me hará olvidarla... Me caso... pero mi corazón no sentirá jamás por otra lo que siente por usted...

—¡Pablo!... Señor Deligny, ¡qué cruel es usted!... ¡Ah!... suplico á usted que me deje esperar que será feliz.

—Y usted, señora, va á sepultarse en un oscuro retiro...

—Sí... queria haber tomado asiento para ir en los carruajes públicos... pero por efecto de sus antiguas costumbres, el señor Jenneville no pudo resolverse á ello... alquiló un coche de camino, y á eso debemos el acontecimiento que nos retiene aquí... ¿Qué placer puedo encontrar ahora en medio

de séres indiferentes y ligeros, que no saben más que ridiculizar los afectos del corazón?... La soledad tendrá atractivos para mí, porque en ella podré entregarme á mi sabor á mis recuerdos...

—¿Y no verá usted nunca á Julieta?... ¿No sabré al ménos cómo se encuentra usted en su nueva morada?

—Escribiré á menudo á Julieta, diciéndola todo lo que haga; ella me lo ha rogado... Si usted la vé, por ella podrá tener algunas veces noticias mías...

—¡Si la veo!... ¡Ah! será solo mi ventura... Con ella, al ménos, puedo hablar de usted... puedo contarla mis pensamientos, mis penas... ella no me obliga á guardar silencio cuando la hablo de mi amor por usted... y eso que no la hablo de otra cosa... ¡Ah! escríbala usted á menudo, yo se lo ruego... y que de tiempo en tiempo una palabra escapada de la pluma de usted me pruebe que no estoy olvidado completamente...

Agustina no responde; pero su mano cae entre las mias, y una ligera presión me dice que ha comprendido. Pongo sobre mi corazón aquella mano querida: ya no hablamos; ¿qué palabras podrían explicar lo que sentimos en aquel momento?

Por fin Agustina se levanta murmurando:

—Es preciso separarnos...

—Ya...

—Cuanto más estemos juntos, más trabajo nos costará alejarnos... Amigo mio, no me prive us-



ted del poco valor que me queda... déjeme usted partir... creo que ya es tiempo...

—Adios, pues... se me parte el corazon... ¡Me separo de usted para siempre!... no veré más esos ojos, cuya expresion hace latir de placer mi corazon!... ¡no oiré esa voz adorada!... Agustina, ¿pensará usted en mí?...

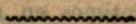
—¡Y me lo pregunta!... ¡Dios mio!... no vé lo que estoy sufriendo... Adios... si tiene usted alguna piedad de mí, no me detenga usted más...

Y se precipita hácia el corredor. Tomó el velon para alumbrarla, y hallamos á pocos pascos de allí á Nini, profundamente dormida en una silla.

—Vea usted, me dice Agustina, cómo velaban por nosotros... afortunadamente, no me han oido bajar... Adios... adios...

Y sin oir mi respuesta, sube ligeramente por la escalera del fondo. ¡Se acabó! ¡ya no la veré más!...

Despierto á Nini, y me vuelvo tristemente á mi estancia.



---

---

## CAPITULO XXVII

### Encuentro imprevisto

Lleno de desesperacion, acusando mi suerte al amor, á la misma Agustina, que tan mal ha obrado conmigo sacrificándome á un hombre que la habia abandonado y que tanto daño la habia hecho, me dejo caer en una butaca, demostrando mi pena y mi dolor con profundos y prolongados sollozos y suspiros; de cuando en cuando me levanto de la butaca y paseo á largos pasos la habitacion. Dubois, á quien mis sollozos han despertado, me ruega que me acueste; pero yo no le hago caso, sigo desesperado; por último, cansado de predicarme, me envia á todos los diablos y se queda profundamente dormido.

Así pasa la noche. Veo nacer el dia, y con los primeros destellos del aura me parece que mi sangre se calma, que mi cabeza abrasa ménos.

Dícese que la noche es buena consejera; pero para el desgraciado, sus consejos jamás son favorables, mientras que el aspecto del día, al contrario, aleja los pensamientos tristes y da nuevo vigor al ánimo.

Pienso que Agustina me ha dado ejemplo de valor, que debo imitarla y no abandonarme á una debilidad que á nada conduce. Al pronto concibo la idea de partir con Dubois de madrugada y salir del pueblo antes que Jenneville y su mujer; pero tal vez Jenneville se levantará de madrugada, y podríamos encontrarnos en la posada, y creo, al fin, que lo más prudente es dejarlos á ellos alejarse y permanecer en nuestra habitación hasta despues de su partida.

Oigo ir y venir por la casa, cada cual á su tarea; conozco la voz de Niní que regaña á su marido por su pereza, y luego la de Benigno, que se disculpa con su mujer. Poco despues llaman suavemente á nuestra puerta: es Niní, que viene á ver si estamos despiertos.

Abro á nuestra gentil huéspedea, mientras que Dubois se restrega los ojos, diciendo:

—¿Si estamos despiertos?... Pregunte usted más bien si hemos dormido... Aquí está ese hombre, que ha pasado la noche en desquiciar el pavimento á fuerza de patadas... se vengaba en los ladrillos de la pérdida de su bella... no tiene un ocha-vo de filosofía... ¿quién duerme con un mozo que pasa la noche representando *Los furores del amor?*

—Vamos, Dubois, cálmate... en adelante seré más razonable...

—Bueno, bueno... no me pescarás más de compañero de cama...

—Niní... ¿piensa usted que... ese caballero y esa señora partirán pronto?

—Sí, señor... el carruaje está ya compuesto, y creo que se irán en cuanto se hayan desayunado. El caballero ha bajado á pasearse al jardín mientras se les prepara el almuerzo...

—Está bien... suplico á usted que cuando se vaya nos avisen...

—Lo haré así... además, que ustedes les oirán partir.

—¿Es decir, exclama Dubois, que todavía me vas á hacer estar preso en esta estancia hasta que ese señor y esa señora se vayan?... ¿Sabes que es agradable viajar contigo?...

—Vamos á almorzar, y entre tanto se irán...

—Bueno... Sr. Benigno, un almuerzo abundante, porque tengo mucho apetito en casa de usted...

Niní va á ocuparse de nuestro almuerzo; Dubois se levanta, y yo me acerco á la ventana que da al patio, aunque sin atreverme á levantar la cabeza sino levantando la punta de la cortinilla, para poder ver sin ser visto.

Traen el almuerzo y acabo de sentarme á la mesa, cuando oigo latigazos y el ruido de un carruaje que se detiene á la puerta de la posada; pienso que es el que va á llevarse á Agustina, y

corro á mirar por los cristales para verla por última vez; pero me he equivocado, son nuevos viajeros que acaban de llegar. Veo dos postillones, un jockey y un lacayo; un caballero, cuya cabeza cubre una ancha gorra de viaje, baja del coche embozado en una gran capa y entra en la posada. Yo, como el recién venido no me interesa, me vuelvo á la mesa.

Al poco rato entra en nuestra estancia el señor Benigno; nos saluda respetuosamente, se informa de nuestra salud, y acepta un vaso de vino que Dubois le presenta, diciendo:

—¿Ven ustedes qué buena es mi posada?

—Sí... ¿Parece que ha llegado gente nueva?..

—¡Ya lo creo!... y gente que hará gasto... Eso se ve á la legua. Es una persona que... un pájaro gordo, vamos... quizá sea algún príncipe que viaje de incógnito con su ayuda de cámara... De todos modos es un personaje *considerable*... Así es que mete un ruido que no hay más que oír... ¿Y el lacayo?... «La mejor habitación para el señor... lo mejor que haya para almorzar para el señor... cueste lo que cueste, con tal que el señor esté contento...» Eso es estilo... voy á hacerle un *volant* como no le ha comido en su vida... Tendrá que esperar un poco... pues el horno se ha de calentar...

—¿Están almorzando el caballero y la señora que han venido aquí?...

—¡Ay! ahora me hace usted pensar... les olvi-

daba... no he puesto en las parrillas las manos para ellos... pero como me ha entretenido tanto el que ha llegado ahora...

—Vaya usted, pues, señor Benigno... no olvide usted por ese á los demás viajeros...

—Es verdad, padrino... ruego á usted que me permita llamarle así... *por esfigie* de mi mujer... si no lo lleva usted á mal...

—De ningun modo, señor Benigno...

—Voy á poner las manos en las parrillas, aunque... entre nosotros... he de confesar á ustedes mi debilidad... no sirvo con gran celo á las personas que no quieren comer cosas de pastelería... Ese caballero y esa señora ni siquiera han querido probar un pastelillo... eso me ha chocado... Mientras los recién llegados almorzarán un *volauvent*, pastelillos, una tarta y un flam... Ese sí que es un hombre que sabe vivir... Hasta luego, padrino...

El señor Benigno nos deja al fin, y vamos á acabar nuestro desayuno, cuando oigo en el patio una voz bien conocida, la de Jenneville, que grita y se queja de la lentitud con que se le sirve. Acércome á la ventana, que entreabro, y puedo oír cuanto se dice en el patio.

—¿Acabaremos al fin de almorzar?... Hace una hora que esperamos...

—Perdone usted, señor... el horno no estaba caliente...

—¿Y qué necesidad hay de horno para unas chuletas y unas manos?...

—Es verdad, señor... pero acaba de llegar un viajero nuevo... un gran personaje, que quiere comer de pastelería... y eso nos ocupa tanto...

—¿Y qué me importa á mí los que llegan nuevamente?... Mi dinero vale tanto como el de ese gran personaje...

—Sí, señor... es verdad... pero...

—Pero es usted un insolente...

—Señor, yo...

—Ea, basta... ya quisiera estar fuera de este bodegon... procure usted que se me sirva antes que á otras personas...

No sé qué responderá Benigno á Jenneville, que continúa paseando con cólera por el patio, cuando llega el viajero nuevo.

—Vamos, posadero... ¿me sirven ya?... dice dando en el hombro á Benigno, que le hace un profundo saludo, asegurándole que quedará contento; y corre á la cocina.

La voz del recién llegado llama mi atención, así como la de Jenneville; aparto las cortinas para mirarle, y como ya no tiene puesta la enorme gorra que le cubre, me es fácil conocer al bribon que me ha estafado treinta mil francos. Jenneville, que también ha reconocido á Blaguart, le cierra el paso en el momento que éste iba á entrar en el jardín. Blaguart se queda al pronto un poco desconcertado; pero no tarda en reponerse, y saluda á Jenneville como cuando nos convidaba á comer.

—¡Calla! ¡no me equivoco!... ¡es mi querido Jenneville!... ¡Pardiez!... no esperaba tener el gusto de encontrar á usted en este pueblo...

—¿Conque es usted, caballero, quien viaja con tanto fausto y por quien no puedo conseguir que me sirvan?...

—¿Con fausto?... Nada de eso, querido... una sencilla berlina de viaje con dos postillones... para ir más aprisa, porque es preciso ser activo en los negocios... Pero dispéñseme usted... tengo prisa... necesito estar en Paris antes de mediodía...

—Un momento... ¡ganapan!... tenemos antes que ajustar cuentas...

La voz de Jenneville es tonante; adelanto un poco la cabeza, y veo centellear sus ojos de cólera. Blaguart pierde el color; sin embargo, procura conservar su tono ligero, diciendo:

—¿Y eso?... ¿qué significa ese aire terrible, querido Jenneville?... ¿qué diablos tiene usted?

—Basta de bromas, que no son del caso: se me ha llevado usted ochenta mil francos, y ha sido causa de que para reparar esta pérdida vendiera y comprometiera el resto de mis bienes... á usted debo mi ruina... y tiene usted que devolverme lo que es mio.

—En verdad que no comprendo esas reconven-  
ciones... yo he depositado mi garantía, y no es culpa mia que los negocios me hayan fracasado... Yo he perdido mucho más que usted, y soy más digno de compasion...



—¡Compasion!... ¡y viaja usted como un gran señor... con jockey y lacayo... Lo que es usted es un bribon...

—¡Caballero!...

—Lo dicho... un bribon.

—Sepa usted que todos los dias se está viendo darse uno de baja, sin que esto impida que pueda empezar de nuevo otros negocios...

—Sí... los miserables como tú... pero los hombres honrados, cuando la fortuna les es de nuevo favorable, lo primero que hacen es reembolsar á los desgraciados á quienes han reducido á la desesperacion...

—Caballero, eso es cosa de los síndicos... dispénseme usted... no tengo tiempo...

—No, canalla, no te irás así...

Y asiéndole del brazo, le sacude rudamente, diciéndole:

—Necesito mi dinero...

—¿Está usted loco... caballero? Cuidado con las violencias, ó yo sabré...

—¡Miserable!... ¿te atreves á amenazarme?...

Y cediendo á su furor, Jenneville aplica á Blaguart un bofeton, cuyo ruido llega hasta nuestra habitacion y hace á Dubois saltar de su silla, exclamando:

—¡Cuerno, y qué bofetada!...

Blaguart está furioso, y ya no puedo distinguir más que algunas palabras pronunciadas en voz baja.

—Las pistolas... allá abajo... le espero á usted... pronto.

Van á batirse, no puedo dudarlo. Vuélvome á Dubois y le digo:

—¡Van á batirse!

—¿Quién?

—Jenneville y Blaguart.

—¡Cómo! ¿ese viajero?...

—Es Blaguart... ha subido á recoger sus pistolas, y...

—Bueno, déjalos que se batan... ¿qué nos importa á nosotros?...

—No... yo no puedo tolerar... A mí tambien me ha robado Blaguart, y quiero...

—¡Vaya una idea!... ¿qué vas ahora á meterte?... Si hubiera uno de batirse con todos los que le deben dinero, sería cuenta de nunca acabar...

No respondo á Dubois, sino que abro mi maleta y saco mis pistolas; él, que observa lo que hago, corre á cerrarme el paso y se abraza á mí en el momento en que voy á salir, diciendo:

— ¿Adónde vas?...

—Déjame, Dubois...

—No quiero que salgas...

—Déjame te digo...

—Hombre, no te metas en enredos: piensa que no debe verte Jenneville... que vas á comprometer á su mujer...

—Ahora debo velar por él, ó vengarle... Déjame, ó teme mi cólera...

Llego á desembarazarme de Dubois, dejándole caer en el suelo; salgo precipitadamente, bajo, y ya Jenneville no está en el patio; sólo encuentro á Niní, á quien causan un gran terror mi agitación y el aspecto de mis armas.

—Niní, la pregunto, ¿dónde están?... ¿les ha visto usted?...

—¿Quién?..

—Jenneville y ese nuevo viajero...

—Acaban de salir...

—¡Gran Dios!... ¿y hacia dónde?... ¿por qué lado?

—Tomaron por allí... por detrás del jardín...

—¡Ah! Dios quiera llegue á tiempo!...

—Pero ¿qué ha pasado?

No respondo, y me lanzo por el camino que me ha indicado, mirando á lo léjos; no los veo, quizás por que me los ocultan los árboles ó los matorrales. ¡Gran Dios! oigo un tiro; es á la izquierda, corramos. Una nueva detonacion llega á mi oído, y acaba de guiarme; es por este sendero. Corro: un hombre pasa huyendo junto á mí; es Blaguart. ¡Cielos! ¿y Jenneville?

Quiero detener á Blaguart; le llamo, pero ya está léjos. ¡Ah! en este momento no debo pensar más que en socorrer á su víctima.

Lánzome por un camino costado de árboles, y no he andado treinta pasos, cuando veo á Jenneville tendido en el suelo; corro á él: ¡desgraciado! está bañado en sangre, la bala le ha atrave-

sado el pecho. ¡Dios mío! ¿cómo socorrerle?... Levanto su cabeza, la pongo sobre mi rodilla, llamo, grito, pido auxilio, y trato de restañar con mi pañuelo la sangre que corre de su herida.

Pero oigo ruido, gritos, pasos precipitados. Es Dubois con todos los habitantes de la posada, y Agustina también. ¡Desventurada! ¿por qué la han dejado venir?

Ya están junto á mí; Agustina se arrodilla, y me ayuda á sostener á su esposo; no exhala un grito, pero de sus ojos corren dos torrentes de lágrimas. Por fin, Jenneville entreabre los párpados, mira á su mujer y luego sus ojos se fijan en mí, y me tiende la mano, diciendo:

—Sabía que estaba usted aquí... amigo mío... y me alegro de poderle ver...

Tratamos de llevárnosle, poniendo un apósito en su herida; pero él rechaza todos los socorros, murmurando:

—Es inútil, la herida es mortal... conozco que sólo me quedan algunos instantes de vida... que me dejen hablar con mi mujer y con mi amigo...

Hago señas á las gentes de la posada y del pueblo para que se aparten, y quedamos á su lado solamente Agustina y yo. Agustina tiene su mano, que inunda de lágrimas, y yo sostengo su cabeza sobre mi pecho. Jenneville recoge las pocas fuerzas que le quedan para hablarnos, dirigiéndose primero á su mujer.

—Querida Agustina, la dice, no merezco tus

lágrimas... te he hecho desgraciada, habiendo podido pasar á tu lado una vida tan agradable... Sé que á pesar de mis faltas me has sido fiel... esta noche te he seguido... y he oido tu conversacion con Deligny... Adios, amigos míos, y no me lloreis... Pablo, hágala usted feliz... hágala usted olvidar las penas que yo...

No puede decir más; sus ojos se cierran para siempre. Al ver que su esposo ya no existe, Agustina pierde el conocimiento; Dubois la toma en sus brazos y la lleva á la posada, mientras que yo, ayudado por algunos aldeanos, hago trasportar el cadáver del desgraciado Jenneville.

Mi primer cuidado al entrar en la posada es preguntar por Blaguart, y me dicen que ya há largo rato que ha partido, derramando el oro para que engancharan más pronto; todo lo que saben es que ha tomado el camino de Paris. ¡Ah! donde quiera que se oculte, espero llegar á descubrirle.

Inútil creo decir, que yo no pienso en ir á casa de mi padre. ¡Este acontecimiento inesperado ha hecho nacer en mi ánimo tantos pensamientos nuevos! Pero en este momento me avergonzaria de entregarme á ellos. No quiero ni presentarme á Agustina. Sin embargo, no puede permanecer en este sitio; creo que donde mejor puede estar es al lado de Julieta, y encargo á Dubois que la conduzca.

El carruaje en que vino está compuesto. Du-

bois y Niní van á buscarla; ella no quiere separarse de los restos de su esposo. Pero Niní insiste y la suplica partir, y Dubois se la lleva al coche, entrando en él con ella, y los veo partir con gozo.

Sólo me quedan tristes deberes que cumplir, y para ello tengo que pasar algunos dias en Hauches. Despues de enterrar á Jenneville en el cementerio del pueblo, hago poner en su tumba una losa con su nombre, sin más epitáfio. ¿Para qué? esos elogios grabados en la piedra prueban más que la virtud de los muertos, la falsedad de los vivos.

Por fin me despido de Benigno y abrazo á Niní, deseándoles toda clase de prosperidades y acontecimientos ménos trágicos; y prometiéndoles venir á verlos siempre que vaya á casa de mi padre, vuelvo á Paris. ¿Quién me hubiera dicho que volveria tan pronto? ¡Ah! ¡qué bien he hecho en conservar mi cuartito de la calle de Charlot! ¡Cuántos recuerdos me trae á la memoria! ¡y cuántas esperanzas se les unen ahora! Sí, debo confesarlo: en la actualidad veo el porvenir lleno de encantos.

Mi primer cuidado es buscar á Dubois, y éste me dice que condujo á Agustina á casa de Julietta, á la cual contó el suceso ocurrido en Hauches, y que la señora Jenneville se ha quedado en casa de su amiga. ¿Iré á verla? No, todavía no: debo respetar su dolor, y estoy seguro de que me agra-

decerá la privacion que me impongo. Me limitaré á pedir noticias suyas.

Pero hay alguien á quien deseo ver, encontrar, y es al miserable Blaguart, para lo cual no cesó de correr durante varios dias. Quiero que Dubois me ayude en mis pesquisas; pero éste, que adivina para qué quiero encontrar á ese bribon, asegura que ha marchado á Siberia y que es inútil buscarle.

Hace seis semanas que he vuelto á Paris, y envio todos los dias á preguntar por Agustina, pues no quiero presentarme á ella antes de tres meses. Dubois dice que eso es empezar de nuevo á hacer tonterías, y que esperaré á que se haya vuelto á casar para ir á verla; pero yo conozco que no puedo estar cerca de Agustina sin dejarla ver mi amor, y me parece todavía demasiado pronto para hablarla de él.

Un dia al salir de comer encontramos á Jolivet, á quien hacia tiempo no habia visto. Despues de los primeros cumplidos, se pone, segun costumbre, á hablarnos de sus negocios, quejándose y exclamando que pierde dinero, y que ahora mismo acaba de morir un deudor suyo.

—¿En santa gloria? pregunta Dubois.

—No... en el hospital... ¡Oh!... este no valia la pena de hacerle encerrar, porque no habia nada que esperar de él... Pero vosotros le conoceis tambien... era aquel individuo que se daba tanto tono... que no queria comer tortilla soplada, por-

que era demasiado clásica... Probablemente le habrá parecido más romántico morir en el hospital...

—¿De quién hablas?

—Hombre de aquel señor Blaguart.

—¡Blaguart!... ¿y dices que ha muerto en el hospital?... Si hace seis semanas le he visto yo con dos criados...

—A quienes probablemente no pagaria... Lo cierto es que dos días antes de su enfermedad había jugado y perdido cuanto poseía, tanto que el dueño de la fonda en que se hospedaba no ha juzgado á propósito hacerle asistir en su casa...

—¿Conque ha muerto Blaguart? exclama Du-bois. Pues eso evita dos duelos... porque Deligny queria batirse con él... y como yo le hubiera servido de padrino, le hubiera dicho tambien dos palabritas á ese tunante... En fin, vale más que haya sido así...

No teniendo ya que pensar en vengar á Jenneville, me entrego al placer que espero cuando vuelva á ver á Agustina.

Al fin pasan los tres meses, y me presento en su casa. ¡La he visto! Una sola mirada suya me paga mi larga ausencia. Agustina es demasiado franca para ocultar el placer que experimenta en verme; su corazon no sabe fingir esos dolores que no pueden nacer más que de la pérdida de personas á quienes se ama verdaderamente. No hablamos de amor; pero sabemos bien que nos amaremos toda la vida.



Agustina continúa viviendo en casa de Julieta hasta que llegue el verano, y ahora la veo todos los días, pues nada hay que nos prive de la dicha de estar juntos.

Cuando el mes de Mayo ha vuelto á los campos su vistoso traje, vuelve Agustina á Luciennes. Allí, en aquella posesion deliciosa y querida, debo recibir el premio de mi amor. Aquellos bosquesillos, testigos de mis suspiros, lo serán ahora de mi ventura. Agustina será mi esposa. He escrito á mi padre, que no ha tenido más remedio que consentir, fuera de que Agustina tiene mil escudos de renta, y con eso y con lo que á mí me queda, hay más de lo que se necesita para vivir felices.

Ya, al fin, es mi mujer. Se la presento á mi padre, á quien le ha parecido bellissima, y me felicita por mi eleccion. Agustina sabe hacerse amar de todo el mundo, y no quiere amar más que á mí. Habitamos en Paris el invierno y el verano en Luciennes; Julieta viene de cuando en cuando á ser testigo de nuestra dicha. Dubois tambien nos visita, nos cuenta sus majaderías, y mi mujer, siempre bondadosa, le dispensa sus locuras en gracia de su buen corazon.

FIN

